

VIII

Lo que más odian las personas que se suicidan, o las que intentan hacerlo, es su propia vida. Eso de ‘el mundo es una mierda’ o ‘adiós mundo cruel’ pasa sólo en las películas, no es real”, opinó “el turco” Rifat en su entrevista con Nico, quien seguía trabajando en su investigación para concluir su tesis y obtener, de una buena vez, su licenciatura. Y si bien ésta era la gran meta, él se esforzaba por ir paso a paso, fijándose logros más modestos y sencillos, o bien plausibles de ser alcanzados en un corto plazo; por ello procuraba que sus energías y ansiedad estuviesen volcadas en avanzar en la recopilación del material necesario sin dejarse presionar por el resultado final, que se hallaba cada vez más cerca, asomándose tímidamente en el horizonte que comenzaba a clarear.

-¿Vos creés que esas personas se aborrecen a sí mismas por sobre todas las cosas? -inquirió Nico, quien había dejado su *tablet* a un costado, sobre la mesa, grabando la charla, y prestaba mayor atención al lenguaje oral y también corporal de su entrevistado.

-Absolutamente.

-¿Y de dónde sale esa aversión?

-Creo que de convivir todos los días con algo que realmente molesta. Y a medida que pasa el tiempo, se van agotando la paciencia y la tolerancia, y esa insatisfacción permanente se transforma en odio, en enormes cantidades de odio.

El turco Rifat hizo una pausa y se acomodó sus lentes inteligentes con cristales oscuros para proteger sus ojos del brillo de la luz solar que iluminaba su rostro tostado. Él y Nico estaban sentados en el patio de un *bistró*, donde unos pocos comensales se tomaban un receso para almorzar fuera de sus lugares de trabajo que funcionaban, en su

mayoría, otros comercios ubicados en el centro del Naranjo, distrito rocanegrense vecino a Los Indios y, por unos pocos kilómetros, más cercano a Roca Negra Capital.

-¿Querés que cambiemos de silla? –propuso Nico levantándose ligeramente del asiento, como amagando a ponerse de pie.

-No, no. Prefiero sentarme de este lado –respondió el turco echándose contra el respaldo y levantando la cabeza hacia el cielo celeste.

-Ok. Como vos prefieras.

En ese momento se acercó a la mesa una joven mesera que les preguntó si querían beber algo más o si finalmente habían decidido almorzar. Pero para ambos hombres era demasiado temprano para comer, por lo que Nico pidió un poco más de agua caliente para su té en hebras y el entrevistado un segundo café doble en jarrito de vidrio.

-Es curioso... -arrancó el turco apenas la muchacha se alejó de la mesa.

-¿Qué cosa?

-Que de chico yo era foto fóbico y siempre le escapaba al sol. Incluso, cuando me iba de vacaciones a la playa con mi familia. Pero ahora no. Prefiero la claridad, aunque tenga que usar lentes.

-Mirá vos.

-Es más, me mandé a hacer estas gafas foto cromáticas con el mismo aumento que las que uso para trabajar con la computadora y vidrios para no tener que forzar la vista cuando estoy al sol.

-¿Y siempre tuviste problemas con la vista?

-Sí. Empezó cuando era muy chico, a raíz de una crisis nerviosa. Según mi vieja, tuve un ataque de celos durante un cumpleaños de mi hermana mayor. Esto me provocó estrabismo en el ojo derecho, así que me sometí a un largo tratamiento hasta que no tuve más remedio que operarme.

-¡Qué macana! ¿Y cuántos años tenías cuando te operaron?

-Siete.

-¡Ah!, re chico.

-Sí, sí.

-¿Y quedaste bien?

-Del estrabismo sí. Pero el problema fue que después debía usar anteojos y no me gustaba, y eso me terminó trayéndome muchos dolores de cabeza.

-Claro –asintió Nico, mientras del otro lado de la mesa, el turco se encogía de hombros con una sonrisa y levantando las cejas por arriba de los cristales negros que ocultaban una mirada compleja, de varias capas superpuestas. Charlar, charla. Espero que quiera abrirse y me cuente cosas personales, pensó el entrevistador.

Nico advirtió que el único rasgo musulmán en Cristian Rifat era su apodo y apellido, aunque el primero no coincidía con el origen del segundo, un típico y repetido error en los casos de personas a las que comúnmente llamaban “turcos”. Su personalidad tampoco parecía un reflejo de su primer nombre, que había sido heredado de la religión que profesaban sus padres, quienes, al igual que él, eran nacidos y criados en El Naranjo, aunque descendían directamente de inmigrantes sunnitas.

El propio Rifat se autodefinía como una “gran ensalada” de genes y enseñanzas provenientes de culturas distintas y hasta opuestas, y que terminaban por conformar un carácter sumamente volátil e impulsivo, lo que le otorgaba la capacidad de pasar de un extremo anímico a otro con gran facilidad.

-Che, Cristian y contame una cosa... -retomó Nico luego de beber un sorbo de su té, decidido a romper definitivamente el hielo habitual de los formalismos- ¿Siempre viviste en El Naranjo?

-Casi toda mi vida.

-¿Cómo casi?

-Sí, toda mi vida excepto por tres años en los que viví en Los Indios, el distrito vecino ¿Conocés esa zona? –respondió el turco mientras deslizaba sus gruesos dedos por las densas gotas marrón oscuro que descendían por el cristal del jarrito.

-Poco y nada. Estuve algunas pocas veces en Los Indios y de pasada por El Naranjo. La verdad que me parece un muy lindo lugar.

-Pero son dos lugares distintos, eh. Es como un clásico. Acá es mucho más tranquilo que Los Indios. Nuestros primos podrán jactarse de que tienen más brillo y noche, pero también padecen una mayor pobreza. Allá, los ricos son muy ricos y los pobres muy pobres. En cambio, en El Naranjo es todo más parejo ¿Se entiende?

-Ajá. ¿Y cómo fue la experiencia de vivir de visitante? –Nico adoptó la misma metáfora futbolística que su entrevistado.

-Mirá, fue algo completamente nuevo para mí porque conviví por primera vez con una mujer. Antes había vivido con mis padres y después solo a pesar de que estuve de novio mucho tiempo.

-Ajá.

-¿También te interesa la historia de mi vida amorosa?

-Claro. Cuanto más me cuentes de tu vida, mejor.

Nico arqueó las cejas expectante y el entrevistado comenzó con un repaso de ese lado de su vida.

El turco estaba en pareja con Carolina, una morocha de ojos verdes, delgada e hija de padres divorciados que habían vuelto a formar nuevas familias. Cuando eso ocurrió, la joven se quedó viviendo sola en la casa en la que se había criado junto a su hermano menor, que por su corta edad, se mudó con su madre a la vivienda del nuevo esposo de

ésta. Por su parte, el padre de Caro también se radicó en el domicilio de su flamante esposa.

El entrevistado había conocido a Carolina cuando ésta ya vivía sola en su casa familiar situada en una zona residencial de Los Indios y en los primeros años de noviazgo pasó más tiempo en el hogar de ella, el cual era más cómodo y amplio que el *loft* que ocupaba en el fondo de un terreno lindero al domicilio de sus padres. En realidad, ese espacio había sido construido como un quincho para acompañar la pileta de natación, pero el muchacho lo fue acondicionando como una vivienda clásica, con un baño, una cocina con heladera y microondas, y una sala de estar dividida en dos por un biombo de mimbre que separaba el sector comedor de la habitación. También contaba con televisión por cable, *Wi-Fi* y un equipo de audio, según él, lo mínimo indispensable para disfrutar de la vida de soltero, aunque la ubicación del terreno y el hecho de compartir el jardín con pileta con el resto de su familia no le otorgaba una independencia total, lo que resultó ser una gran influencia al momento de decidirse a vivir con Carolina.

-¿Te gustó la convivencia, Cristian?

El entrevistado sonrió y permaneció callado.

-¿Qué pasa? –insistió Nico.

-Nada, nada. Es que me suena raro que me llamen por el primer nombre. Todos me dicen Turco.

-Bueno, si lo preferís, te llamo Turco.

-No, no. Está bien. No me molesta –respondió Rifat y luego bebió un largo trago de su café doble-. ¿Me decías? -retomó tras depositar el jarrito de vidrio nuevamente sobre la mesa.

-Te preguntaba si te gustó la convivencia...

-Ah, cierto. Mirá, al principio me gustó porque me resultó una mejor forma de organizar mi vida. Ya no tenía que ir de mi casa a la de ella, combinar qué días y horarios nos veíamos que, por lo general, eran los fines de semana, y además seguí ahorrándome el alquiler.

-¿Cómo?

-Simple, al igual que mis padres habían hecho conmigo cuando ocupé el *loft*, los padres de ella le prestaron gratis la casa, sólo con la condición de que pagara todos los impuestos y la mantuviese en buenas condiciones.

-Me imagino que eso fue una gran ayuda.

-¡Uf! Tanto a ella como a mí nos permitió ahorrar bastante dinero, aunque debo admitir que en algunos momentos no me agradaba tener esa sensación de estar viviendo de prestado. Con mis padres no me importaba porque yo era tan dueño del *loft* como cualquiera de mis hermanas. Además, había hecho una gran inversión en acondicionarlo.

-Pero con la familia política es distinto...

-Exactamente. Pero, ¡ojo! Los padres de Caro nunca me dijeron nada y, es más, hasta llegué a ofrecerles el pago de un alquiler.

-¿Y no aceptaron la propuesta?

-No. Porque en su momento eran mantenidos por sus respectivas parejas.

-Ajá.

-Pero no siempre fue así porque en este país lo bueno dura poco. Y así llegó la falta de trabajo y el mal momento económico de ambos padres. Pero ni así me pidieron el alquiler. Y por eso siempre les voy a estar agradecidos.

-¿Y eso te pareció justo?

-Sí, pero innecesario, porque Caro les terminaba pasando una cuota mensual.

-¿Pero los padres le pedían plata o ella se las daba porque quería?

-Un poco de las dos cosas. Primero surgió como un pedido excepcional de ellos ante una situación puntual. Pero después Caro lo terminó haciendo de manera regular.

-Entiendo.

-De todos modos, cuando llegó la mala racha, lo primero que hicieron los padres fue advertirnos que la decisión era vender la casa.

-¿Entonces?

-Entonces le propuse a Caro que les dejáramos la casa y nos fuéramos a vivir a mi viejo *loft* que se había vuelto una especie de salón de usos múltiples ya que mi mamá daba clases de yoga y pintura, y mis hermanas de danza. No me causaba gracia la idea pero nos permitiría seguir ahorrando plata y, además, era algo provisorio, hasta encontrar nuestro propio lugar.

-¿Y qué te dijeron?

-Mi vieja y mis hermanas no tenían problemas en dejarme el espacio porque ninguna vivía de las clases que daban, lo hacía más bien por *hobby*. Pero Caro no quiso saber nada con dejar su casa hasta que no la vendieran. Ella iba a resistir hasta el final porque amaba su hogar y era entendible porque había vivido toda su vida allí. Y si bien yo sentía algo parecido por la casa de mis padres prefería priorizar mi independencia.

-Claro. ¿Y cómo terminaste viviendo, otra vez, en El Naranjo?

-¡Uh!, ésa sí que es una historia larga –respondió el Turco justo antes de beber otro sobro hasta vaciar el jarrito.

-Te escucho.

De acuerdo al relato pormenorizado que realizó seguidamente el Turco, éste y Carolina siguieron ahorrando dinero ya que ambos percibían muy buenos sueldos, acordes a profesionales universitarios. Y si bien no eran demasiados altos, resultaban

más que suficientes ya que no debían afrontar grandes gastos. De hecho, llegaron a guardar la mitad de su sueldo mensual, incluso, cuando se iban de vacaciones, en las que también recibían facilidades ya que él tenía familiares que vivían cerca de la playa y en las montañas y que les proporcionaban hospedaje y comidas gratis.

En ese marco, la pareja inicialmente se fijó como objetivo comprar su propia casa, en lo posible nueva para no gastar en acondicionarla y ubicada en Los Indios. Pero los números no le cerraban porque las propiedades comenzaron a aumentar su valor a un ritmo mucho mayor al del crecimiento de los ahorros y, como si eso fuese poco, en moneda extranjera.

El Turco y Caro no eran demasiado exigentes a la hora de buscar los avisos inmobiliarios: dos habitaciones, un baño, cocina, living-comedor, un poco de jardín y un lugar para guardar el auto. Ni más ni menos que eso, lo que significaba apenas un escalón más arriba que la casa de los padres de la joven.

Pero eso parecía mucho pedir porque las únicas viviendas que cumplían con esos requisitos y estaban a su alcance monetario se ubicaban en zonas alejadas o, peor aún, peligrosas, donde la delincuencia asustaba a la comunidad con las “entraderas”.

-Pasamos casi un año buscando sin parar y nada. Hasta que un día, mis padres, viendo que los precios de las propiedades seguían en alza, nos ofrecieron que utilizáramos nuestros ahorros para construir en el terreno donde estaba mi viejo *loft*. Ellos nos cedían el lugar y después, una vez terminada la nueva casa, Caro y yo les pagábamos a mis dos hermanas lo que les correspondía a cada una de ellas como dos de los tres únicos herederos de esa tierra.

-Una buena propuesta, ¿no? Porque al final, sólo ibas a tener que pagar dos tercios del terreno.

-Exacto.

-¿Y qué pensaron con Caro al respecto?

-A mi mucho no me convencía porque era volver a vivir pegado a mi familia y, para colmo de males, esta vez iba a ser de manera definitiva. Y no quería caer nuevamente en esa dependencia insana –el Turco enfatizó la pronunciación de la última palabra-, en la que todo se hace de manera grupal sin importar los deseos y libertades individuales. En mi casa siempre había sido así. De hecho, mi hermana mayor cuando se casó se fue a vivir a tres cuabras. O sea, más de lo mismo, ¿entendés?

-Perfectamente. ¿Y Carolina?

-A ella, en cambio, le gustó la idea. Caro siempre se había sentido a gusto cada vez que venía a mi *loft* y compartíamos comidas con mis padres y mis hermanas. Antes no le había convencido la idea de mudarse porque el espacio le resultaba poco y no quería vivir incómoda.

-Ajá.

-Así que acepté la oferta de mis padres, aunque nunca me imaginé que iba a resultar casi más difícil que comprar una casa nueva.

-¿Por qué?

-Porque el terreno tenía varios puntos en contra: el más importante, que no contaba con la escritura correspondiente y nunca se habían hechos los planos municipales. Sólo existía un boleto de compra venta a nombre de mi papá, quien con los años había traspasado los impuestos a su nombre. Ésa era la única documentación sobre la posesión del lugar. Sin embargo, había un lado positivo: el dueño original no tenía ni un solo heredero que viniera a reclamar algún derecho.

-Perdón mi ignorancia sobre estas cuestiones inmobiliarias y legales, pero, ¿en qué radicaba precisamente la complicación?

-En que al no tener la escritura no podía solicitar un crédito hipotecario para construir.

-Ah, ok –Nico asintió con la cabeza y sin apartar la vista de su entrevistado-. Entonces hiciste la escritura.

-Tampoco. Para hacerla, mi papá debía hacer iniciar un juicio de usucapión para convertirse él en legítimo poseedor del terreno. Luego, lo entregaría como herencia a sus hijos y yo se lo compraría a mis hermanas.

-Mucho papelerío.

-Y, sobre todo, había que empeñar mucho tiempo, porque es un trámite que lleva años. Pero había que empezar por algún lado, así que lo primero que hice fue pagarle a un agrimensor para que hiciera los planos, otro proceso largo. Me dijo que iba a tardar seis meses en tramitarlo en el registro de la propiedad y se demoró el doble.

-Cuánta burocracia...

-Ni me lo recuerdes, por favor –resopló el Turco inclinándose hacia adelante sobre la silla, como si le estuviera dando énfasis a su expresión.

-¿Y mientras tanto que hiciste?

-Me busqué un arquitecto para empezar a diseñar el proyecto de mi futura casa.

-¿Lo encontraste rápido?

-Sí, ése no fue el inconveniente. El embrollo vino después de que lo encontré.

El primer encuentro entre el Turco y el arquitecto fue unos meses después del inicio de los planos. El profesional era novio de una amiga de su hermana menor, es decir, que tenía un par de años menos que él, aunque ya estaba al frente de un estudio junto a otros colegas de su edad, todos con sus flamantes títulos universitarios colgados de las paredes y muchas ganas de trabajar. Y esto último fue lo que más atrajo el interés del comitente.

Pero el Turco ya tenía muchas ideas propias respecto de cómo tenía que ser su casa. La intención era utilizar el viejo *loft* como planta baja y construirle un segundo piso donde funcionarían dos habitaciones y un baño. De esa manera, no afectaba la pileta ni el jardín. Es más, había pensado en remover quirúrgicamente el techo de tejas rojas con cielo raso de madera y volverlo a colocar sobre la planta alta, donde también habría un balcón con vista al parque.

La primera mala noticia se la dio el constructor del viejo *loft*, un maestro mayor de obras que vivía en la misma cuadra, que le explicó que las bases de esa edificación no podían sostener el peso de una losa de hormigón elaborado. Ante esto, el Turco decidió hacer las bases nuevas tratando de rescatar lo más posible de la estructura preexistente.

Pero cuando le comentó esta novedad al arquitecto, éste le indicó que no podía construir dos pisos en el fondo del terreno porque existía una disposición municipal que lo prohibía para no afectar el denominado “pulmón” de la manzana. Sólo estaba permitido levantar dos plantas en el medio o en el frente del lote pero estas dos opciones no eran del agrado del Turco y su pareja ya que reducían sensiblemente el espacio al aire libre.

Y ante esta situación surgió la creatividad de los artistas en proyectar y construir edificios: la idea fue remodelar el viejo *loft* para convertirlo en un espacio más amplio y cómodo, y conectarlo por un pasillo que bordeara la pileta y llevara a una planta alta construida apenas terminada la piscina y en la que funcionaran dos habitaciones y el baño principal. La clave de este plan radicaba en que la planta baja de esa segunda parte de la casa era un espacio semicubierto, que servía de quincho, lavadero y garaje sin copar el espacio libre ni anular la iluminación y ventilación del jardín.

Era un proyecto original que constaba de dos etapas: la primera, la refacción de la estructura del fondo y la segunda en la construcción de la edificación delantera nueva.

La ventaja era que la remodelación del viejo *loft* implicaba que la pareja podía ir a vivir allí una vez terminada esa etapa y antes de terminar con la siguiente. Además, con los ahorros que ya tenía podía pagar la etapa inicial del plan. Claro que para la segunda fase el Turco y Caro iban a tener que solicitar a sus respectivos bancos sendos préstamos personales. "No me gustaba la idea de deberle plata a esos ladrones de guante blanco, pero no nos quedaba otra", argumentó el entrevistado, ofuscado.

Con el visto bueno de la pareja, el proyecto comenzó a tomar forma con los dibujos, planos, maquetas y hasta fotografías 3D que elaboró el estudio de arquitectura hasta que las ideas chocaron con la realidad: el valor de la construcción del metro cuadrado que manejaban los colegiados distaban mucho del que había que pagar en el mercado. Los materiales aumentaban sus precios a cada semana, por lo que al cabo de unos meses de trabajo el arquitecto entregó al Turco un primer presupuesto que distaba bastante de la cifra informal que se había charlado en un comienzo.

-Me pasé días enteros afilando el lápiz y sacando cuentas, y llegué a la conclusión de que no había forma de pagar el proyecto. Sólo teníamos plata para terminar la primera etapa y con los créditos no alcanzábamos a cubrir la segunda.

-¡Qué macana!

-Y no me quedó otra opción que desechar ese proyecto. Nos costó tomar esa decisión porque nos gustaba, aunque más le gustaba al arquitecto que nos sugería que lo hiciéramos igual y que, en última instancia, viviéramos en el *loft* remodelado hasta que consiguiéramos la plata para la segunda etapa.

-Pero...

-No podíamos embarcarnos en ese plan porque nadie sabía con certeza, ni siquiera por aproximación, cuando íbamos a conseguir la plata que faltaba. Podían pasar años

hasta que terminara el juicio y lográramos un crédito hipotecario con la escritura. Y eso era asumir un riesgo demasiado grande.

-¿Y en esta posición coincidiste con Caro?

-Absolutamente. Creo que fue uno de los temas en los que cerramos filas sin fisuras.

-Eso es bueno.

-Sí, porque nos dio fuerzas para pensar juntos en una nueva estrategia.

-¿Juntos? –preguntó Nico, perspicaz-. ¿Antes no tomaban decisiones juntos?

Cristian largó una carcajada nerviosa, como la de aquellos pillos que son descubiertos *in fraganti*.

-Digamos –retomó con un tono algo más serio- que antes, durante y después, yo era el de mayor iniciativa en la pareja.

-¿Y eso no les trajo problemas?

-A veces sí. Pero los problemas más graves surgían cuando yo me cansaba de proponer todas las ideas y de la otra parte no recibía ninguna propuesta sino quejas o críticas.

Cuando se asume por decisión propia un rol omnipresente suelen ocurrir estas cosas, pensó Nico.

-Pero estimo –dijo el entrevistador luego de unos segundos de evaluación introspectiva- que los verdaderos problemas, los que en definitiva nos trajeron hasta acá, no fueron precisamente éstos.

-No, para nada. Te sigo contando.

-Dale.

-Cuestión que una vez caído el plan de hacer la casa en dos tramos tomé, y lo digo en singular –el Turco miró fijamente a Nico-, la difícil decisión de sacar la pileta del terreno y dársela a mi hermana mayor ya que ella tenía espacio suficiente en su dúplex.

-¿Y eso no hizo que varias voces se levantaran en tu contra?

-No tantas porque mis padres estaban cansados de mantener la pileta, lo que les llevaba mucho tiempo y plata, y también había que arreglarla dado que tenía más de diez años de antigüedad. A mi hermana menor tampoco le importaba mucho el tema, así que ellos no se quejaron. Fue Caro la que más se resistió porque ella nunca había vivido con jardín ni mucho menos con pileta.

-¿Tu hermana mayor?

-Ella se puso contenta porque podía hacerse cargo de los gastos de colocación, mantenimiento y reparación, que eran ínfimos en comparación con los de comprar una pileta nueva. Así que terminaba ahorrándose mucha plata y a sus hijas les iba a encantar.

-Ajá.

-Con la pileta fuera del terreno sí se podía construir dos plantas en la parte delantera sin acotar tanto el espacio para el jardín.

-Entiendo. Pero antes de que sigas, ¿cómo convenciste a Caro de sacar la pileta?

-Le dije que si conservábamos la pileta, toda mi familia iba a pasar el verano en nuestra casa y nos quedaríamos sin privacidad.

-Un argumento prácticamente irrefutable.

-Tal cual –asintió el Turco levantando el marco de sus anteojos sobre su frente y guiñando el ojo derecho, aunque como el sol ya se había ocultado detrás de los edificios que rodeaban el patio del local, éste se regó de sombras y los cristales de las gafas se tornaron transparentes-. Así que de esta manera iniciamos un nuevo proyecto de obra

con el arquitecto, quien en un primer momento no estuvo muy contento con el cambio de rumbo.

-Gajes del oficio, supongo.

-Obvio. Igualmente, el enojo se le pasó cuando le pagamos el anteproyecto anterior. Así que no salió perdiendo.

-Claro. ¿Y cómo siguió la historia?

-El arquitecto se puso a trabajar sobre los nuevos planos pero esta vez le pusimos un límite máximo sobre el precio final de la obra en base a nuestros ahorros y lo que nos bancos nos podían prestar.

-¿Y funcionó ese límite?

-Más o menos. Las ideas del estudio eran siempre caras, pero no por su culpa, sino porque el tiempo pasaba y los precios seguían aumentando al ritmo de la inflación.

-O sea que era una lucha contra reloj.

-Exacto. Por eso, la clave para concretar la obra pasaba por hacerla en el plazo más corto posible.

-Seguro.

-Y, por otro lado, apostar a nuestros ahorros en moneda extranjera.

-Ni hablar.

-Sobre todo, porque el Gobierno ya había prohibido la compra de esa divisa para atesoramiento y esto hizo que se formara un mercado paralelo en el que el tipo de cambio era mucho más alto que el oficial. Entonces, si nosotros lográbamos colocar nuestra plata a ese valor, podíamos hacer una diferencia importante. Pero, otra vez, eso implicaba ciertos riesgos e incertidumbre.

-Me imagino, en especial, por el intenso control que el Gobierno pretendía ejercer sobre el mercado negro.

-Sí y no. Porque, en realidad, el control y las multas eran más que nada para las casas de cambio y las operaciones de grandes sumas, no para particulares que manejaban cifras bajas.

-O sea que en ese aspecto te sentías cubierto.

-La verdad es que no me preocupaba tanto ese tema.

-¿Y qué te preocupaba, entonces?

-La demora. Esa maldita carrera contra el tiempo.

-Claro.

-Encima, la largada se había vuelto más complicada ya que a diferencia de lo que ocurría con el anterior proyecto ahora sí necesitaba un permiso de obra municipal porque la construcción iba a estar a la vista y cualquier inspector podía venir a controlar.

-¿Tanto cambiaba la situación?

-Es que el nuevo proyecto constaba se levantar una casa entera, de dos pisos, sobre la línea municipal del frente del terreno, por lo que tenía que tirar el paredón que delimitaba la propiedad y la obra quedaba a la vista de todo el mundo. Además, podía afectar el espacio público.

-Ajá.

-Tenía que venir una pala mecánica para realizar el movimiento de tierra y rellenar con tosca y además tenía que tumbar un par de árboles que estaban junto a la vereda. Y todo eso no podía pasar desapercibido a los ojos del Municipio.

-Para nada.

-Y para pedir un permiso de obra había que elaborar todo un legajo con planos del arquitecto y también el plano del agrimensor, el cuál seguía esperando.

-Cierto que ese trámite tardó como un año.

-De esta manera, el inicio de la obra se terminó demorando, primero porque tuve que esperar que me entregaran el plano oficial del terreno y después hacer, mediante una escribana, una cesión de derechos del boleto de compra venta del terreno para que el legajo a entregar en la Municipalidad estuviera a mi nombre y no de mi viejo.

-¿Tu papá no quiso figurar en los documentos?

-No. Yo no quise para que las cosas quedaran claras de entrada.

-Está bien.

-Pero las demoras no terminaron ahí.

-¿Ah, no?

-No señor. Después tuve que esperar como más de un mes para que me dieran el permiso de obra provisorio.

-Me imagino la ansiedad que tenías por esos días.

-No te das una idea. Ya no dormía. Y peor estaba Caro, que me presionaba a mí. Era un círculo vicioso pero ella era la menos perjudicada.

-¿Por qué?

-Como yo trabajo en el turno tarde-noche y tenía la mañana libre para dedicarme de lleno a la obra, mientras que ella tenía un horario de oficina completo. Entonces, el que se pasaba más tiempo con el arquitecto era yo. Así, ella me pasaba la ansiedad a mí, yo al arquitecto y él me la devolvía.

-O sea que vos terminabas siendo el más enroscado.

-Efectivamente. Y para ir ganando tiempo acordé con el arquitecto comprar anticipadamente los materiales del ochenta por ciento de la estructura para congelar los precios.

-El viejo y conocido acopio.

-Todos lo hacen. El único inconveniente era que el precio de la mano de obra seguía subiendo y ése sí que no lo podía congelar hasta no firmar un contrato que estipulara una fecha de inicio de la obra y un plazo estimativo para terminarla.

-Y no.

-Así que empecé a recorrer distintos corralones en busca del mejor precio y de la mejor financiación. Averigüé en los lugares que me fueron recomendando contactos con experiencia, entre ellos, mi papá, que se había construido su casa junto a mi abuelo, y me tomó un tiempo encontrar el indicado, aunque la mayoría manejaban los mismos valores y las mismas formas de pago –dijo el Turco y luego se puso de pie casi de un salto-. Disculpá. Tengo que ir al baño.

-Vaya nomás –indicó Nico extendiendo su brazo hacia adelante, como si ofreciese una reverencia.

Cuando el Turco se fue caminando hasta el interior del local, Nico vio que se trataba de un hombre musculoso, de espalda ancha y estatura media. También notó que su cabeza era prominente y tosca, de una forma más cúbica que esférica, la cual estaba cubierta por un cabello morocho, corto y peinado con gel, a tono con su barba prolijamente rasurada.

Al pasar por el costado de la barra revestida de aluminio y adornada con diferentes luces de colores que le daban un aspecto espacial, al igual que lo que ocurría con el resto del mobiliario del local, el Turco se quedó unos instantes hablando con la mesera que le dijo algo al oído, lo que despertó en él una sonrisa cómplice. Se la quedó mirando unos segundos detrás de sus gafas inteligentes y luego extrajo su *smartphone* del bolsillo interno de su saco de pana que contrastaba con su camisa a cuadros oscura y le mostró algo en la pantalla iluminada del aparato móvil. Ella ríe y él finalmente siguió su

camino hasta el baño, ubicado detrás y a la derecha de la barra, y separado de ésta por un corto y angosto pasillo.

Nico observó toda aquella situación y por simple curiosidad permaneció mirando de soslayo los movimientos de la mesera que cada vez que hacía contacto visual con él, esbozaba una risita. Esos gestos le parecieron un exceso de confianza de parte de la joven, por lo que no tardó en sentirse un poco avergonzando. Entonces, apenas vio al Turco salir del baño miró para otro lado, hacia el frente del patio delimitado por una reja de hierro de mediana altura que permitía tener una vista de la vía pública, bastante transitada y bulliciosa por esas horas ya que en esa zona de la ciudad no había sólo comercios, sino también escuelas, oficinas municipales y viviendas particulares, todo junto en un espacio bastante acotado.

-Simpática la mesera, ¿no? –retomó el Turco apenas volvió a acomodarse en la silla. Luego se volvió hacia la barra y alzó su jarrito vacío en señal de que quería otro.

-Sí, muy.

-Además es linda.

-Eso también -asintió Nico, tímidamente, mientras manipulaba su tableta para retomar la grabación de la entrevista.

-Veo que te estoy poniendo incómodo así que voy directo al grano: recién cuando fui al baño la mina me preguntó por vos.

-¿Por mí? -se sorprendió Nico-. Pensé que te estaba tirando onda a vos.

-Ojalá -respondió el Turco con una carcajada-. Igual, yo ya estoy comprometido. No podría. Además, es demasiado chica para mí. Pero bueno, ¿vos en qué estado estás? ¿Tenés novia? ¿Te gusta la mina?

-No estoy con nadie en este momento.

-¡Perfecto! Ella me dijo que te pase su *Face*.

-Pero yo no uso redes sociales.

-¡Ah, bueno! Son un anticuado.

-Antes tenía pero me cansé. Ahora prefiero que los contactos personales sean más reales.

-Te entiendo. Pero hay que adaptarse a los tiempos que corren.

-Mis amigos me dicen lo mismo.

-Y tienen razón.

-Puede ser.

-Entonces, ¿qué le digo a esta mina?

-Pasale mi número de celular y que me llame.

-No creo que se anime a tanto.

Eso es demasiado real, pensó Nico.

-Bueno, dame el de ella y yo la llamo.

El Turco hizo una breve pausa y con gesto reflexivo respondió:

-Te lo doy, pero mejor no la llames, mandale un mensaje instantáneo en forma privada.

-Dale.

-Y si querés, también te puedo mandar una foto de ella a tu *mail*.

-¿Una foto?

-Sí, recién le saqué una.

-Esas gafas son un peligro a la privacidad. Deberían prohibirlas.

-¡Estás en pedo! Cada vez más gente las usa. Son geniales. Además, ella me lo pidió.

-Entonces sí.

-Y quedate tranquilo que es una mina de confianza, no una loca de mierda.

“Loca de mierda”. ¡Cuántas veces había escuchado Nico esa frase en el último tiempo! Y no sólo de boca de terceros sino también de la suya.

Pero el personaje del momento era Cristian Rifat, ni él, ni nadie más. Y una vez resuelto el tema de la mesera, la conversación volvió a centrarse en aquel.

El Turco resultó ser extremadamente riguroso con el tratamiento del tema de la seguridad aunque no siempre había sido así. De hecho, cuando era unos años más joven y salía de noche junto a sus amigos y las distintas mujeres que se le cruzaban en el camino, no sentía ningún tipo de temor. Pero en el último tiempo había comenzado a prestarle suma atención a las situaciones sospechosas, potencialmente riesgosas, fundamentalmente porque se sentía tocado por el crimen de Chelo Bianchi, conocido de una amiga de su mujer que concurría al gimnasio en el que había trabajado la víctima.

-Yo no llegué a conocerlo al pibe pero sí a muchos allegados a él. Lo querían todos, en especial, sus alumnos, tanto los hombres como las mujeres. Nadie, absolutamente nadie tenía algo malo para decir de él –explicó el Turco.

-Qué tragedia...

-Sí, tremendo. Y lo peor fue que la Policía quiso embarrar la cancha sembrando dudas sobre la vida personal del pibe. ¡Nada que ver! -exclamó el entrevistado acomodando su cuerpo para sentarse más erguido- Por eso participé de varias de las marchas en reclamo de Justicia y para pedir más seguridad.

-Claro.

-Y fue a partir de ese momentos en que Caro y yo le empezamos a tener miedo a esas entraderas de mierda y también a las salideras bancarias como la de la embarazada que balearon en Roca Negra Capital, lo que provocó la muerte de su bebé, ¿te acordás de ese caso?

-Sí, seguro. Fue hace varios años pero tuvo tanta repercusión que se convirtió en un caso histórico. En aquella época yo todavía vivía en San Ramiro pero cuando me mudé a Roca Negra Capital terminé alquilando un departamento no muy lejos de donde ocurrió el hecho.

-Mirá vos. Al final, es como una lotería, le puede tocar a cualquiera en cualquier lado y en cualquier momento. Fijate que después de ese caso cambiaron un montón de medidas de seguridad en los cajeros de los bancos y siguió pasando lo mismo.

-Eso es lamentablemente cierto. Pero tampoco se puede vivir perseguido por la idea de que algo como eso te va a pasar. Es como una profecía autocumplida.

-No creo que sea una cuestión de perseguirse o no. Por ejemplo, a mi me hicieron una salidera bancaria hace muchos años, cuando ni siquiera era el auge de ese tipo de delitos.

-¿Ah, sí?

-Sí, sí. Fue un día que había acompañado a mi viejo al banco, en pleno centro del Rosedal, y cuando volvimos con la plata que él necesitaba para pagarle a unos empleados de la fábrica para la que trabajaba nos asaltó un grupo de delincuentes que se movilizaba en dos motos y un auto.

-¡Cuánta logística! Ni que fuera a asaltar un blindado.

-No sólo eso. Como nos entregaron los del banco, parte de la banda nos siguió desde el centro hasta mi casa, que son unos treinta kilómetros, y otra se adelantó y nos esperó a que llegáramos porque ya sabían la dirección.

-¡Qué hijos de puta los del banco!

-Tal cual. Pero tanto los ladrones como los del banco se habrán quedado bien calientes porque no me pudieron robar ni un centavo, je.

-¡¿En serio?! ¿Cómo?

El Turco hizo una breve pausa para humedecerse su garganta con una nueva dosis de café caliente. Y como contaba sus historias con tanto entusiasmo que a Nico ya no le molestaba que se fuera por las ramas.

-Resulta que ese día yo había ido a una entrevista de trabajo, así que estaba vestido de traje y llevaba un maletín. Me encontré con mi viejo en el centro, lo acompañé al banco y después me trajo en su camioneta hasta casa. Entonces, cuando los ladrones me vieron bajar, por mi aspecto, pensaban que era yo el que llevaba la plata pero, en realidad, mi papá la había dejado en un bolso debajo del asiento del conductor, donde no se podía ver.

-Buena maniobra.

-Buenísima. Así que mi viejo bajó primero y se quedó esperándome con el portón abierto. Cuando yo bajo y empiezo a rodear la camioneta, él la cierra con la llave automática.

-Ajá.

-Y cuando ya me estoy acercando al portón escucho un grito y miro hacia la esquina, de donde veo venir corriendo a un tipo joven con un arma en la mano y que me gritaba: ` ¡Dame la plata!, ¡dame la plata!` .

-¿Y qué hiciste?

-Apenas me di cuenta que era un asalto me quedé en el lugar. Estiré el brazo para entregarle el maletín y el chorro me lo sacó con una mano, y con la que tenía el arma me dio un golpe en la cara, cerca del pómulo.

-¡A la mierda!

-Cuando recibo el golpe tambaleé, me agaché, tipo bicho bolita, cubriéndome la cabeza con las manos, mientras el ladrón, con otros dos cómplices, me pegaba piñas y patadas.

-Y a todo esto, ¿tu viejo que hacía?

-Fue todo muy rápido: mi viejo atinó a cerrar el portón para que los tipos no entraran a mi casa donde estaba mi mamá y mi hermana menor. Es más, uno de los chorros casi se mete si no fuera porque lo salió a torear mi perro.

-No te la puedo creer.

-Sí. Al no poder entrar a mi casa, los chorros quisieron abrir la camioneta, pero tampoco pudieron, así que se fueron con mi maletín, mientras mi perro los persiguió por dos cuadras.

-¡Qué grande tu perro!

-Sí, un genio Vladimir. Se murió un par de años después, de viejo.

-La sacaste re barata, che.

-Re barata por que en la huida los chorros vieron que en mi maletín no había nada de valor, más que mis efectos personales, y lo tiraron en una calle cercana. Justo los vio un vecino mío que iba en auto y paró a ver que tenía el maletín. Y adentro estaba mi agenda, con mis datos y me lo trajo a casa. Así que hasta las llaves de mi casa recuperé.

-¡Que suerte!

-Eso sí, tuve un ojo en compota durante varios días y me pegué el cagazo más grande de mi vida. Porque cuando caí en lo que había pasado, me di cuenta de que si me hubiera resistido me mataban ahí nomás de un tiro, en la vereda de mi casa y a plena luz del día.

-Es cierto. Y ni me quiero imaginar si agarraban a tu viejo o entraban a tu casa.

-Ni hablar.

Para el Turco, el problema de la seguridad era real y, si bien había sufrido en carne propia un hecho delictivo grave que podría haber distorsionado su visión sobre este tipo

de casos, creía que en la actualidad, cuanto más se hablaba del tema, menos delitos había.

-Para mí, lo que predomina hoy en la mayoría de la gente es una sensación permanente de inseguridad –retomó el Turco, más reflexivo, y con un modo similar al que utilizaban los funcionarios para negarse a debatir a fondo sobre la cuestión-. Porque si ves las estadísticas, el delito no está en franco aumento sino que se mantiene más o menos en los mismos niveles. Algunos casos suben, otros bajan.

-¿Ah, sí? –preguntó Nico quien opinaba igual que el Turco aunque pretendía poner a prueba el argumento de aquel-. Entonces si no se cometen tantos delitos, ¿por qué hay tanta gente preocupada por el tema? Incluso vos lo estás, ¿o me equivoco?

-No te equivocás. Hoy por hoy, estoy preocupado como la gran mayoría, pero eso no me impide ver la realidad. Lo que hay que entender es que en nuestra sociedad hay muchas personas que hace más de veinte años vivían una situación de seguridad mucho mejor que la actual. En aquella época, nuestros padres dejaban los autos estacionados en la vereda, las casas no tenían rejas ni alarmas, no había custodios privados, dormíamos con las puertas sin llaves, salíamos de noche sin miedo y si nos pasaba algo en la calle cualquiera te ayudaba. Ahora, si pedís auxilio, salen todos corriendo para el otro lado, por las dudas, ¿o no?

-Tan cierto como que una década atrás, la situación era mucho más grave que la actual.

-Absolutamente. Me acuerdo que había muchas bandas organizadas que secuestraban personas todos los días y se mataba el doble de policías en asaltos a mano armada.

-O sea que podríamos decir que estamos mejor que hace diez años pero peor que hacer veinte. Lo que no explica porque, según vos, la mayoría de la gente se siente más insegura.

-Porque todavía comparamos aquella buena y vieja época con la actual, a lo que hay que sumarle que hoy existe una mayor cantidad de medios de comunicación que repiten una y otra vez el mismo caso policial para ocupar todo tiempo disponible, y así parecería que los delitos aumentan. Antes, tenías solamente los informativos de la radio y los noticieros de la televisión un par de veces al día, y el diario del día siguiente. Ahora tenés la radio, el cable, Internet y el celular que te informan en vivo y en directo las veinticuatro horas sobre todos los hechos.

-De todos modos, me parece un tema mucho más complejo y en el que intervienen otros aspectos de la vida social y cultural.

-¿Cómo cuáles?

-Por ejemplo, la violencia. Creo que más allá de la cantidad de los delitos, si es mayor o menor que antes, lo que más impacta a la gente es la violencia sin precedentes que emplean los delincuentes en la actualidad.

-En eso tenés razón.

-Che, Turco, muy interesante la charla sobre la seguridad pero nos estamos olvidando del principal tema que nos trajo hasta acá.

-Es que podría decir que la seguridad influyó bastante.

-A ver... ¿Cómo es eso?

-Volviendo a la obra, finalmente encontré un corralón que me redujo bastante el costo total de los materiales en comparación al resto de los que había consultado y que, además, no me ponía límites temporales para acopiar. Porque, parece mentira, otros te

decían que te acopiaban pero sólo por tres meses y después de ese plazo, si no llegabas a usar todo lo comprado, te descongelaban los precios.

-¡Qué ventajistas!

-Obvio. En la construcción nadie te regala nada.

-Sigamos.

-En fin, este corralón con el que arreglé me ponía como única condición que debía pagar el cien por ciento de contado para congelar los precios. Después, ellos me acopiaban el material todo el tiempo que fuese necesario y hasta no me cobraban el flete, como otros pretendían hacerlo, porque el lugar de la obra les quedaba relativamente cerca.

-Claro.

-Resulta que yo tenía el dinero guardado en el banco y lo fui retirando de a poco por cajero automático porque no me animaba a sacarlo todo junto por caja para evitar que me hicieran una salidera.

-Y... el que se quema con leche, ve y una vaca y llora.

-Exactamente. Pero tampoco me agradaba la idea de guardarlo demasiado tiempo en mi casa por las dudas si me hacían una entradera.

¡Otra vez con lo mismo! ¡Qué perseguido!, se dijo Nico.

-Así que estuvimos con Caro como dos semanas sacando plata del cajero hasta que juntamos toda la necesaria y ese mismo día me fui al corralón para cerrar el negocio.

-¿Y cómo llevaste la plata? Porque me imagino que era una cifra bastante alta, que ocupaba un espacio físico importante.

-Seguro. Puse todos los fajos dentro de una caja de zapatos de cartón y la guardé en mi mochila para no llamar la atención. Pero todo fue al pedo, tanto preocuparme para que no me robaran mis ahorros llegando a casa o saliendo del banco que al final me

asaltaron dos pibes chorros a plena luz del día y delante de todo el mundo, como si nada.

-¿Y cómo fue?

-Estoy llegando al corralón y cuando paro en un semáforo aparecieron dos delincuentes armados, uno de cada lado, me hicieron bajar del auto y se lo llevaron con la mochila con la plata también.

-¡Qué cagada! ¿Y vos creés que sabían que llevabas plata?

-No, ni en pedo. Fue uno de esos típicos robos al voleo. Querían el auto y nada más. Y encima a mí, en ese momento, el auto me chupaba un huevo, lo que no quería perder era la plata.

-¿Era mucha?

-La mitad de mis ahorros. Porque la idea era comprar los materiales para toda la estructura de la casa –respondió el Turco, resignado.

Es curioso como ciertas personas al recordar una experiencia negativa vuelven a sentir más o menos lo mismo que en el momento en que la vivieron. Al menos, eso pensó Nico al ver los gestos de dolor en el rostro de su entrevistado.

-Creo que esa fue una de las pocas ocasiones de mi vida en las que lloré como un nene –retomó el Turco, más pausado-. Sentí que tanto esfuerzo y sacrificio durante años había sido en vano. Y se me vino el mundo abajo.

-¿Qué hiciste después?

-Me derrumbé. Con la mitad de los ahorros no nos alcanzaba para mucho, así que decidí cancelar la obra.

-¿No había forma de achicar el proyecto para que costara menos?

-Podría haber elegido esa opción pero modificarlo hubiera implicado más demoras y, para colmo, los bancos subieron las tasas de afectación y a pesar de que cobraba un

mejor sueldo me otorgaban menos plata que la que me había ofrecido inicialmente cuando averigüé por los préstamos.

-¿Y Caro qué dijo ante todo esto?

-Ella me quería matar porque su intención era seguir igual con la obra. Me decía que había que achicarse y que de alguna manera íbamos a poder ahorrar más plata, que sólo era cuestión de tiempo, de tener paciencia...

-Pero vos no pensabas igual.

-No, para nada. Porque yo no sólo estaba frustrado por no poder construir la casa que quería sino que me sentía culpable por cómo había perdido la plata. Y en eso tuvo mucho que ver Caro.

-¿Por?

-Porque así como ella fue fuerte para querer seguir adelante a pesar de los problemas también lo fue para criticar cómo me manejé con la plata.

-Ajá.

-Ella me había dicho que no llevara la plata toda junta, pero bueno, el corralón quedaba en El Naranjo y yo la tenía guardada en la casa de Los Indios. Era mucho viaje para ir y venir con los ahorros por partes. Además, quería cerrar el negocio cuánto antes.

-Te ganó la ansiedad.

-Sí. Y ojo que ella estaba igual, pero como yo era el que tomaba las decisiones y el que las llevaba a la práctica terminé siendo el único responsable.

-Entiendo.

-En fin, no se puede estar en todo. Por más que te cuides, si te la quieren dar, te la dan y punto. A llorar a la iglesia.

Al menos lo reconoce, pensó Nico, quien ya empezaba a sentir cierto cansancio porque todavía no habían llegado al meollo de la cuestión.

-Yo siempre fui una especie de... como decirte... –continuó el Turco –adicto al control.

-Sabías que el control es una ilusión, ¿no?

-Ahora lo sé, aunque no lo parezca. Pasa que antes me costaba aceptar mi realidad.

-¿Y cómo es tu realidad? ¿Se parece a lo que me estás contando o cambió después del incidente en el río?

–Yo sé que hablo mucho y digo poco. Además de mostrar varias caras distintas. Pero claro que hubo un antes y un después de aquel episodio.

-Ante todo, contame lo que te acuerdes del incidente. Después vemos las consecuencias que tuvieron en tu vida, si te parece bien.

-No hay problema. Pero antes dejame pedir algo para picar para no seguir con el estómago vacío -indicó el Turco mientras le hacía señas a la mesera para que se acercara a tomarle el pedido-. ¿Vos querés comer algo? Yo invito.

-No, gracias.

Momentos después, la mesera caminó hasta la mesa y el Turco pidió una medialuna rellana de jamón y queso.

-¿Tu amigo no quiere nada? –preguntó la joven mirando a un Nico incapaz de disimular el nerviosismo de su rostro por el que una finas pero perceptibles gotas de sudor caían por la frente.

-No. Parece que ya es tarde para almorzar y demasiado temprano para cenar, ¡Jajá!
–bromé el Turco.

La mesera sonrió y se retiró lentamente, meneando su firme cola envuelta en unas calzas negras que delineaban unas curvas casi perfectas de la cintura hasta los tobillos.

-¿Cómo se llama? –inquirió Nico por lo bajo una vez que la mesera se alejó lo suficiente.

-Valeria. Lindo nombre, ¿no? Le queda bien, aunque no tan bien como esas calzas, je.

-Sí, lindo nombre –respondió Nico y luego se puso de pie para ir hasta el baño-. Ya vuelvo.

El entrevistador fue directo hasta el baño rodeando la barra en la que se encontraban el encargado y Valeria, quien preparaba su bandeja con el pedido del Turco. Al salir del *toilette*, Nico vio a la distancia que la mesera acababa de dejar la medialuna con jamón y queso sobre la mesa y regresaba al interior del local. Cuando ambos se cruzaron hubo un simple intercambio de miradas y nada más. Cada uno siguió su camino.

Por su parte, el Turco comenzó a comer con voracidad y cuando Nico se volvió a sentar frente a él decidió realizar algunas anotaciones sobre la entrevista en su *tablet* para darle tiempo al comensal a que terminara su plato. Pero al primero tenía un comportamiento motor acelerado, por lo que al cabo de unos minutos la medialuna rellena dejó de existir salvo por unas pocas migajas que quedaron sobre una servilleta. Entonces, el entrevistado bebió un sorbo del vaso de agua gasificada que había acompañado a su último jarrito de café y anunció que ya estaba listo para continuar con la charla.

-Hablame un poco de aquel día –indicó Nico mirándolo fijamente y reanudando la grabación. El entrevistador ahora estaba inclinado sobre el respaldo de la silla y con ambas mano cruzadas sobre su pecho, con los dedos entrelazados.

-Ese día yo había ido a Roca Negra Capital para entrevistarme con los encargados de las oficinas que la agencia de publicidad para la que trabajo tiene ahí –retomó el Turco tras limpiarse los restos de comida de su boca-, aunque yo, en realidad, estoy en los despachos del Rosedal, donde se concentra la mayor cantidad de laburo.

-Disculpá, ¿a qué te dedicabas?

-Soy *media planner* -respondió el Turco, quien aquel viernes estaba de franco ya que había decidido compensar las horas extras trabajadas durante las últimas semanas y obtener un fin de semana largo.

-Ok. Ahora me doy cuenta cómo sabés tanto de medios de comunicación.

-Parte del oficio.

-Claro. ¿Y para qué era la entrevista?

-Porque una vez que decidí volver a vivir en mi viejo *loft* ya no quería viajar todos los días a la Capital Nacional. Perdía mucho tiempo y me estresaba el tránsito porque como yo laburo hasta muy tarde, sí o sí, tenía que ir manejando y la verdad es que cada vez me gusta menos sacar el auto.

-Yo soy bastante parecido en ese aspecto.

-Así que hablé con mi jefe y le propuse transferirme a la Capital Provincial para estar más cerca del Naranjo.

-¿Y qué te dijeron?

-A mi jefe la idea no le gustó mucho pero no se opuso. Me dijo que dependía de los encargados de Roca Negra. Que hablara con ellos para ver si me daban el ok.

-Pero no te lo dieron...

-No. En la entrevista me pusieron un montón de excusas y me fui re caliente. Y cuando salí de ahí, en vez de volver para El Naranjo, me fui hacia el sur. Pasé por el Miti-Miti y pasó lo que pasó.

-¿Y qué pasó puntualmente?

El Turco respiró hondo y continuó.

-Yo me sentía realmente mal, como atrapado sin salida.

-Ajá.

-Lo que quiero dejarte en claro es que antes de caer al agua ya me había arrepentido de lo que estaba haciendo.

Nico advirtió que el rostro del entrevistado comenzaba a ensombrecerse y no como consecuencia de que estaba atardeciendo.

-Está claro. Quedate tranquilo.

-Así que apenas caí –reanudó el Turco con seriedad-, empecé a luchar con todas mis fuerzas para mantenerme al flote porque la corriente era impresionante. Me arrastraba y no me dejaba bracear. Era como en esos videos de los tsunamis en Asia. Se llevaba todo puesto y a gran velocidad. Aunque en este caso, estaba solo yo, no había casas, ni autos, ni nada. Sólo un pelotudo al que no se le había ocurrido nada mejor que hacer.

-Calma, Turco. Sé que debe ser difícil, pero ya pasó –sostuvo Nico inclinándose hacia delante y acercando su mano abierta y con la palma hacia arriba en dirección al entrevistado, que se mostraba cada vez más angustiado.

-No sé como hice para poder mantenerme a flote. Creo que saqué fuerzas hasta de donde no tenía.

-Quizás fueron las ganas de vivir.

-Sí, debió haber sido eso.

-Yo creo que sí.

-Ya no me daban más los brazos y las piernas, encima el agua estaba fría, y cuando estaba por hundirme apareció este pescador con su bote, al que yo no había visto en ningún momento previo, ni siquiera cuando estuve arriba del puente, desde donde se puede ver todo el río. Y fue él quien me tiró una soga y me pudo remolcar, porque sino terminaba en el mar. En serio.

Nico sintió que de ninguna manera podía colocarse en el lugar del Turco y entender lo que éste había experimentado aquel día en el Miti-Miti, por lo que era incapaz de hacer algún comentario acertado. Así que decidió guardar silencio y seguir escuchando.

-Fue todo muy rápido y violento. Me hizo acordar a cuando chocamos y volcamos con el auto de unos amigos cuando teníamos veinte años e íbamos a bailar todos en pedo: cuando terminan los golpes, los tirones y las volteretas no sabés ni dónde estás. Y si no te lastimás, quedás atontando igual.

-¿Y eso hace que tengas recuerdos confusos?

-Mirá, de lo que más me acuerdo es que apenas me subió al bote, el pescador me dio una frazada y yo sólo atiné a abrazarlo fuerte y darle las gracias. Pobre viejo, lo tuve apretado con mis brazos no se cuánto tiempo. A mi me pareció una eternidad, no sólo ese momento sino toda la secuencia. Pero sé que fueron unos pocos segundos. Como todo se puede ir al carajo en un instante, ¿no?

-Y sí.

-Después pasó lo que seguro vos ya sabés. Vinieron los bomberos, los médicos, la Policía y toda la mar en coche que para mí no viene al caso.

-Digamos que no es la parte que más importa para esta entrevista.

-Eso mismo.

-Y ahora, ¿cómo te sentís?

-Todavía siento bastante culpa, no tanto como al principio y, sobre todo, vergüenza.

-Ya pasó cierto tiempo desde que ocurrió el incidente en el río, ¿que pensás cuando lo recordás?

-En terapia me di cuenta de que lo que me sigue angustiando es que cuando hice lo que hice fui muy egoísta con mi mujer, mi familia y mis amigos. Eso es en lo que más pienso y lo que estoy tratando de reparar, por decirlo de alguna manera.

-Es bastante común sentir todo eso en este tipo de casos.

-Puede ser. Pero para mí fue como demasiado. Sobre todo porque tanto mi mujer como mi familia y mis amigos nunca me dieron ni una sola razón para yo actuara de la forma en que lo hice. He conocido otros casos donde el que ocupaba mi lugar había sido abandonado por su pareja o maltratado de chico, o se encontraba muy solo en su vida. Pero yo no, todo lo contrario.

-Es un razonamiento lógico.

-Fue un rollo solamente mío. Lo del laburo no era tan grave pero creo que fue la gota que rebalsó el vaso que ya venía lleno con el tema de la casa. De la misma manera que no quise aceptar hacer un nuevo proyecto ni recibir dinero prestado de mis padres ni de nadie. Tampoco quería alquilar porque sentía que era seguir tirando la plata.

-¿Y cómo reaccionó tu mujer ante todo esto?

-Con Caro ya veníamos mal desde que pasó lo del robo porque no sólo cancelé el proyecto de obra, sino que decidí volver a vivir en mi viejo *loft*. Pero ella insistió en que no iba a mudarse, que hacerlo no solucionaba nada y que debíamos seguir en su casa, ahorrando plata para más adelante retomar la construcción. Pero yo no quería volver a Los Indios. No podía abandonar el terreno porque lo sentía como mi único hogar posible, ¿me explico?

-Perfectamente.

-Así que después de muchas discusiones y peleas, estuvimos a punto de separarnos pero finalmente, como ninguno de los dos dio el brazo a torcer, volvimos a al comienzo de nuestra relación: a ser novios que vivían cada uno por su lado.

-¿Y eso funcionó?

-Si hubiera funcionado no creo que estaríamos hablando acá.

-Cierto.

-Pero después de mi incidente –dijo colocándole comillas a la palabra incidente con los dedos índice y mayor de ambas manos- volví a la casa de ella. Sobre todo, porque nadie quería que yo estuviese solo y, además, con mis padres no pensaba quedarme ni loco. Eso sí hubiera sido una gran involución. Además, ya había retrocedido con haber vuelto a ser novio con cama afuera.

Nico escuchaba con suma atención y no le quitaba la vista al Turco mientras asentía con la cabeza.

-Fue Caro, a pesar de todo lo mal que me había portado con ella, quien terminó cuidándome en mi peor momento. Por eso digo que esa mujer me salvó la vida. Además del viejo pescador, claro está.

-Seguro.

-Y lo más importante es que, además de cuidarme, me hizo entender que en la vida no hay que hacerse tantos problemas por lo material.

-Por ejemplo...

-El tema de la casa, para empezar. Gracias a ella pudo ver que, en realidad, no nos tenía que importar si era nuestra, alquilada, prestada, vieja o nueva, sino que fuera un lugar donde pudiéramos estar los dos juntos.

Nico hizo un gesto afirmativo y en la pantalla de su *tablet* anotó con un lápiz óptico la última frase del entrevistado. Eso es un verdadero hogar, reflexionó mientras escribía.

-Yo sé que probablemente pienses que soy un estúpido por lo que hice, de hecho yo lo pienso así porque reconozco que mis motivos eran ridículos en comparación con los males que aquejan a otras personas.

-No te pongas a la defensiva –interrumpió Nico- porque no pienso que seas un estúpido, para nada. Si lo fueras no estarías reconociendo lo que hiciste. Créeme, a la mayoría, lo que más le cuesta es reconocer lo que alguna vez hizo y por qué lo hizo, y

ponerlo en perspectiva, no con lo sucedido y otras personas, sino con otros aspectos relevantes de su propia vida.

-O sea que no tengo que compararme con los demás, sino conmigo mismo.

-Algo así. Y quedate tranquilo que nadie te va a juzgar mal, menos yo.

-Gracias.

-De nada. Gracias a vos.

En ese momento Nico dio por terminada la entrevista, por lo que se puso de pie, guardó sus pertenencias en su mochila y estrechó la mano del Turco, quien respiraba un poco más aliviado. Y antes de despedirse, le pasó su número de celular para que se lo hiciera llegar a Valeria.

Nico abandonó el bar y caminó varias cuadras hasta donde había dejado el auto estacionado. Durante el trayecto, varias ideas le dieron vueltas en la mente y tras un breve análisis llegó a la molesta conclusión de que, por esos días, una buena crianza, con una familia amorosa, una escuela de calidad, grandes amigos, un diploma universitario, un trabajo digno, una profesión calificada y una pareja constituida no alcanzaban para lograr tener una casa propia.

“Y encima, la generación de nuestros padres nos critica por abandonar el nido demasiado grandes. ¿No se dan cuenta de que no es sólo una cuestión de comodidad ni una adolescencia tardía sino que es más difícil para nosotros de lo que fue para ellos poder progresar e independizarse?”, se preguntó mientras caminaba entre la gente y hablaba solo. “Una idea demasiado compleja. Mejor la dejo para otro momento, en el que no esté tan cansado”, dijo justo antes de subir al coche, aunque sabía que por más que se esforzara en aclarar su cabeza, ése pensamiento lo iba a acompañar, indefectiblemente, durante todo el viaje de regreso a San Ramiro.

IX

Las estanterías del comercio estaban repletas de mercadería pero ningún cliente parecía interesado en comprarla, por lo que el salón de atención al público se podía ver prácticamente desierto a través de los cristales impecablemente limpios que ocupaban todo el frente del local conformado íntegramente por carpinterías de aluminio pintadas de blanco, mismo color que el de la viga de hormigón que sostenía el techo de igual material. Y sobre el cemento elaborado leía en letras grandes y grises: “Casa Hernández e hijos.”

Lavar aquellos vidrios era una tarea de la que se encargaba el primero de los empleados en llegar luego de que Roberto “Tito” Hernández, dueño del comercio, abriera para dar comienzo a una nueva jornada laboral. Detrás de los productos exhibidos en la vidriera se extendía un piso revestido con un antiguo mosaico granítico poco vistoso pero lo suficientemente resistente para soportar el peso de los artefactos más voluminosos. Sin embargo, gracias al incansable y veloz desarrollo de la tecnología, los artículos electrónicos y de computación eran cada vez más pequeños y livianos, por lo que generaban menos daños en la infraestructura y ocupaban menos espacio.

Esto último significaba una gran ventaja en cuanto a la logística desplegada detrás del mostrador ya que el depósito ubicado en la parte trasera del local se había vuelto más cómodo permitiendo que Tito montase una oficina amplia. De hecho, había separado su despacho en dos utilizando placas de yeso para que sus hijos tuviesen su propio lugar de trabajo.

Cada “oficina” constaba de un escritorio donde los encargados apoyaban sus computadoras portátiles y sus teléfonos móviles desde donde se contactaban *online* con los clientes, proveedores y bancos.

Cuando Tito recibió a Nico en su despacho sólo ellos dos se encontraban en ese sector del comercio ya que faltaba poco para la hora del cierre al público. Quedaban un par de vendedores en el salón principal y nadie más. Era una jornada laboral con poco movimiento, como venía sucediendo en el último tiempo.

-Linda tableta, aunque es un modelo un poco viejo... -dijo el comerciante apenas vio a Nico sacar su infaltable compañera de entrevistas, la testigo fiel de cada charla y con la capacidad de convertir los archivos de audio a texto con gran precisión y velocidad.

-Y sí... -sonrió el joven y luego apoyó su *tablet* sobre el escritorio de pino pintado con un barniz suave, color nogal-. No sé si es linda pero me resulta bastante útil.

-Esa es la idea.

-Quizás me pueda vender una un poco más nueva.

-¿Qué busca: calidad o precio? -preguntó Tito a sabiendas de que en ese momento del mercado no podía ofrecer una cosa ni la otra ya que los mejores productos eran los importados que permanecían varados durante meses en los depósitos de la Aduana por las restricciones impuestas por el Gobierno; mientras que los nacionales seguían encareciéndose por el galopante el aumento de precios de los insumos traídos del exterior ya que no se fabricaban en el país, donde sólo se terminaban de ensamblar los artículos en las plantas del extremo sur de la provincia de Roca Negra, región en la que regía una exención de impuestos ya que quedaba muy lejos de las principales ciudades, por lo que las autoridades debían beneficiar a los empresarios del sector para abaratar los costos de transporte.

Sin embargo, en ese marco aparentemente desfavorable, la venta de tabletas seguía creciendo. Hacía seis o siete años, sólo representaban el 30% de las computadoras vendidas en el mercado y ahora ya alcanzaban el 60% y desplazaban claramente a las *notebooks*.

-No sé. Usted dígame, que es el experto en la materia.

-No lo crea tan así –Tito se encogió de hombros-. Todos los días surgen versiones y aparatos nuevos, y se hace difícil seguir el ritmo. En especial desde esta parte del mundo. Además, ya me estoy volviendo un viejo fuera de moda para este negocio.

-Pero usted es joven...

-No creo que el problema pase por mi edad. Sino porque ya llevo demasiado tiempo en esto.

El comerciante largó una fuerte carcajada que retumbó en el ambiente que, de tan solitario que se encontraba, parecía aún más amplio de lo que realmente era. Por su parte, Nico tuvo la sensación de que el negocio se encontraba inmerso en un clima adverso, que no lo afectaba a él de ningún modo, desde ya, sino que repercutía negativamente en Tito, quien lo miraba fijamente, esperando la primera pregunta, sentado de cara a la parte delantera del local, invisible desde su posición por la presencia de un immaculada pared blanca divisoria en la que había una pequeña arcada cubierta con una cortina de tela.

Nico, ubicado frente al propietario al otro lado del escritorio, se recostó en el asiento y levantando ligeramente la mirada sobre la cabeza del comerciante observó a través de la ventana angosta y rectangular ubicada en la parte superior de la pared trasera, muy cerca del alto cielo raso con viguetas, el frenético bamboleo de unas ramas delgadas, con punta y de un color verde oscuro que supuso pertenecían a un pino añoso.

Evidentemente, afuera, el ambiente tampoco era el mejor. Así que decidió no perder el tiempo para evitar quedar atrapado en una tormenta y al cabo de unos segundos comenzó la entrevista.

Tito le contó que había vivido toda su vida en Roca Negra Capital donde a los 18 años, apenas terminó el colegio secundario, inició su carrera en el comercio y, al mismo tiempo, un proceso de independencia total de sus padres que decidieron en aquel momento mudarse a su pueblo natal, ubicado en una zona rural del Interior del país. Sin embargo, el joven Hernández decidió que quería quedarse en la ciudad para trabajar y estudiar. Además, no le interesaba en absoluto cambiar su estilo de vida urbano por uno en el medio del campo, el que consideraba un “aburrimiento absoluto”.

Allá, en el pueblo, sólo conocía a sus abuelos aunque tampoco demasiado ya que al vivir tan lejos los visitaba poco y nada. “Sólo se va a morir a un lugar así”, sostenía Tito en sus momentos de mayor rebeldía juvenil.

Los padres entendieron las razones del muchacho para quedarse en la ciudad, las cuáles eran lógicas para una persona de su edad y con proyectos propios, así que decidieron donarle una parte del dinero producido con la venta del departamento familiar y con el resto de la recaudado ellos se mudarían a su pueblo con su hijo menor.

Una vez que se concretó la operación inmobiliaria, la cual no demoró demasiado tiempo ya que era un departamento en perfecto estado y en una inmejorable ubicación, el joven tomó su parte del dinero y con ella pagó la garantía del alquiler del mono ambiente al que pasó a vivir solo. Hubiera podido conseguir un lugar más espacioso pero su mira estaba puesta en una inversión de negocios y colocó el resto de su plata en la apertura de un maxiquiosco en el centro comercial de la ciudad, cerca de la Universidad Nacional, donde comenzó a cursar la Licenciatura en Marketing.

Pero Tito no se había quedado solo en medio de ese denso y oscuro mar de compromisos y responsabilidades, a veces demasiadas abrumadoras para su corta edad, ya que lo acompañaba Lucía, su novia desde la secundaria. Por entonces, la joven seguía viviendo con sus padres pero se pasaba la mayor parte del tiempo en el departamento y en el local de él, excepto cuando ella estudiaba para convertirse en profesora de danza jazz, actividad que practicaba con pasión y dedicación desde niña, lo que también le había permitido desarrollar un cuerpo delgado y atlético, con curvas bien marcadas desde la cintura hacia abajo, lo que se combinaba sensualmente con sus pechos firmes y abultados.

Los hombres no podían evitar posar sus ojos en aquella hermosa joven cada vez que la cruzaban en la calle, en el maxi quiosco o en cualquier otro sitio público. Y Tito, cuyo fuerte no era ser atractivo sino hablar sin vergüenza y con suma convicción, estaba perdidamente atrapado por la piel de Lucía, quien, a su vez, se derretía ante cada cumplido que él le dedicaba. La atracción era decididamente mutua y eso los llevaba a pasar mucho tiempo en la cama, y no durmiendo precisamente.

La pareja se turnaba para atender el local pero la contabilidad y la compra de mercadería corría casi exclusivamente por cuenta de Tito, quien, entre noviazgo y trabajo, se encontró con que no le alcanzaba el día para ir a cursar, por lo que su dedicación a la carrera fue decreciendo con el correr de los meses. Y unos dos años después, cuando decidió casarse con Lucía, abandonó definitivamente la Universidad, aunque le prometió a ella, pero también a sí mismo, que algún día iba a retomar los estudios.

-Si hay algo de lo que me arrepiento es que nunca volví a la Facultad porque esa carrera siempre me encantó –indicó Tito moviendo ligeramente y hacia los lados su

cabeza en la que sólo quedaban algunos cabellos morochos en ambos parietales y encima de la nuca.

-Ajá -asintió Nico abriendo apenas la boca.

-En aquella época –retomó Tito de inmediato- era algo bastante común priorizar el trabajo sobre el estudio, principalmente, porque no era indispensable, como ahora, tener un título universitario.

-Entiendo.

-Sin embargo, en estos tiempos que corren no se podría hacer lo que yo hice. Y eso es justamente lo que no me canso de repetirles a mis hijos que, a veces, prefieren estar acá, en el negocio, en vez de en el aula o en casa estudiando.

-Mi padre me dice exactamente lo mismo.

-Y hace bien.

-Calculo que sí –coincidió Nico, a quien no le molestaba que su papá le insistiera permanentemente que terminase la carrera-. De todos modos, a usted no le fue tan mal de joven.

-Seguro que no. Con el maxiquiosco pude vivir tranquilo e invertir en un local más grande que después lo convertimos en una juguetería y bazar, lo que nos permitió diversificarnos, aunque ello también implicó un aumento de los costos ya que con Lucía tuvimos que incorporar personal.

-Imagino que los dos solos no podían encargarse de todo.

-Exactamente –Tito estiró su brazo en dirección al entrevistador, con la palma hacia arriba-. Además, el nuevo negocio implicaba una atención al público más compleja.

-Claro.

-Quizás no había que estar abierto hasta altas horas de la noche, como suelen hacer los maxiquiosco, pero teníamos fechas en las que no dábamos a vasto como Navidad, Reyes Magos y el Día del Niño, en los que trabajábamos hasta los domingos, sin parar.

-Me imagino.

-Y también había mucho movimiento en marzo, cuando empezaban las clases y vendíamos útiles escolares –explicó Tito quien luego hizo una pausa y se disculpó para atender un llamado telefónico a su móvil.

Al retomar su relato minutos después, el comerciante recordó que aquel viento de cola desapareció a poco de despegar y una fuerte recesión económica demasiado prolongada llevó a una contracción del negocio, el cual quedó repleto de costosa mercadería que no se vendía, por lo que no le alcanzaron los fondos para cubrir los cheques con los que había empapelado a sus proveedores y finalmente tuvo que cerrar la juguetería y bazar.

-¿Y qué hizo después? –preguntó Nico.

-Al principio fue muy duro porque cuando nos había empezado a ir bien con Lucía, además de alquilar un departamento más amplio y tener un coche, nos compramos un terreno con la idea de construir nuestra propia casa. Pero bueno, cuando cerramos el negocio tuvimos que suspender ese proyecto.

-¿Y que hizo su familia? ¿Lo ayudó de alguna manera a pesar de la distancia?

-Mi padre me dijo que me fuera al pueblo donde él había abierto una carpintería en la que lo ayudaba mi hermano menor. Como allá abundaban los bosques y la urbanización era escasa había bastante trabajo, pero tampoco dejaba mucha ganancia. Sólo alcanzaba para vivir el día a día. Y yo no me conformaba con eso.

-¿Y su esposa?

-Lucy pensaba como yo. Los dos queríamos seguir progresando, no retroceder. Además, ella era muy apegada a su familia, que siempre vivió en la ciudad, y no iba a mudarse al Interior.

-¿Cómo es la relación con su familia política?

-Bastante buena. Siempre fue así –Tito alzó la vista con el ceño fruncido, como forzando su memoria-. Cuando yo me independicé de mis padres, me sentí bastante solo y mis suegros me apoyaron como si fuera un hijo suyo.

El rostro de Tito adoptó un aire melancólico y nostálgico, y sus ojos color miel, que enfocaban casi todo el tiempo la pantalla de su *smartphone* en el que no paraban de ingresar mensajes instantáneos, comenzaron a brillar.

-Yo sabía que no podía contar con mi familia para demasiado –retomó el comerciante-. Por eso, siempre me esfuerzo para que no les suceda lo mismo a mis hijos, ¿me entiende?

-Claro.

Tito volvió a interrumpir brevemente la entrevista para contestar uno de esos mensajes instantáneos y Nico advirtió que aquel gozaba de una gran velocidad para mover los dedos sobre la pantalla táctil, por lo que en una cuestión de segundos elaboró una respuesta y volvió a soltar el aparato sobre el escritorio.

-Dígame Roberto –reanudó Nico al ver que el entrevistado había vuelto a prestarle atención- ¿Qué fue lo que usted hizo luego de cerrar la juguetería y bazar, y también suspender la construcción de su propia casa?

-Ahí decidí hacerme cargo del fondo de comercio del bar de un amigo que se iba a vivir al exterior porque estaba más quebrado que yo. Me ofreció una oportunidad más

que accesible pero fue una mala elección porque si bien me dieron la concesión a un costo bajísimo no reparé en ciertos riesgos.

-¿Cómo cuáles?

-Yo no conocía el rubro y pensaba que era un negocio rentable, pero no fue así.

-¿Por qué?

-Porque no contaba con el capital inicial para abrirlo todo el día. Sólo podía hacerlo de noche para vender bebidas alcohólicas a los jóvenes que salían, especialmente los fines de semana o de jueves a domingo.

-Ajá.

-Si hubiera podido invertir un poco más, lo habría convertido en una especie de cafetería de día y de esa manera atraer otros tipos de clientes, con diferentes formas de consumo.

-Más diversificado.

-Tal cual –afirmó Tito. Qué pibe despierto, no se le escapa ningún detalle y aprende rápido los conceptos, evaluó mentalmente.

-...

-Pero como no pude apuntar a otros segmentos, Lucía empezó a trabajar por su cuenta y recaló en distintos tiempos compartidos del Rosedal donde se encargaba de las actividades recreativas de los huéspedes que visitaban las playas.

-Interesante ¿Y cómo le fue?

-Muy bien. Sobre todo en verano. Pero el problema era que tenía dos horas de viaje de casa al trabajo y del trabajo a casa ya que el auto lo habíamos tenido que vender para pagar algunas deudas y no le quedaba otra alternativa que ir y venir en tren y colectivo.

-¡Qué sacrificio! –exclamó Nico recordando con desgano la etapa de su vida en la que viajaba diariamente entre San Ramiro y Roca Negra Capital, cuando su única opción era utilizar el deteriorado transporte público, con trenes en mal estado que casi siempre llegaban tarde o se rompían a mitad del recorrido y con colectivos que cobraban pasajes más caros que el ferroviario para viajar igual: como ganado, fuese o no un horario pico. Y a esto se le sumaba que los micros no respetaban un cronograma como el tren, por lo que determinar el horario en que un micro pasaba por una parada específica era como jugar a la lotería.

-Y sí –refunfuñó Tito-. Lucy estaba prácticamente todo el día afuera y terminaba fusilada, por lo que no me podía dar una mano en el bar. Fue un momento complicado porque no nos veíamos casi nunca: cuando yo trabajaba, ella dormía; cuando ella trabajaba, yo dormía. Vivíamos cruzados.

-Eso habrá sido bastante duro para ustedes, digo, como pareja, porque estaban acostumbrados a estar siempre juntos.

-Exacto. Nosotros fuimos, somos y seremos inseparables –indicó Tito con una sonrisa repleta de amor-. De todos modos, lo del bar no duró mucho.

-¿Qué pasó?

-Como no me alcanzaba el dinero para la cafetería, no tuve mejor idea que tratar de hacer más atractivo el negocio nocturno contratando bandas de rock y al principio funcionó porque el local se llenó de gente en cada concierto, pero los músicos empezaron a querer cobrar cada vez más y los costos se fueron a las nubes. Encima, la recesión era cada vez mayor y tras dos temporadas tuve que dejar el local.

-¡¿Otra vez?!

-Y... no me quedó otra. Pero bueno, aquella época del bar fue interesante porque aprendí mucho de cómo llevar adelante un negocio complicado. Además, me acercó a

mi hermano menor, quien por esos años había vuelto a la ciudad para estudiar y se pasaba casi todas las noches en el local. Pero como no le fue bien con el estudio se terminó volviendo al pueblo.

-De todos modos, siempre se puede rescatar algo bueno dentro de todo lo malo...

-Sí, seguro. También fui entablando una buena relación con los dos sobrinos de Lucía, hijos de la hermana mayor de ella, que ya se habían convertido en adolescentes y me veían como el tío simpático, compinche, por lo que me empezaron a acompañar casi todo el tiempo. Y eso, más adelante, fue muy importante.

La última frase del comerciante prácticamente se cortó con el timbre de una nueva llamada entrante a su *smartphone*. “Disculpe”, se excusó Tito, quien se puso de pie y dio unos pasos alejándose del escritorio desde donde Nico pudo distinguir que se trataba de una comunicación vinculada al trabajo. De hecho, los mensajes recientes también se referían al mismo campo laboral.

Después dar un par de indicaciones con un tono firme y de caminar alrededor de una pila de cajas con distintos artículos y ubicada en el centro del sector de depósito, donde habitualmente se colocaba la mercadería recién recibida de los proveedores, Tito cortó la comunicación y volvió a sentarse junto a su escritorio.

-¿De qué hablábamos? –preguntó el comerciante mientras se acomodaba en el asiento, una típica silla de oficina con respaldo corto y ruedas.

-Me contaba cómo tuvo que cerrar el bar.

-¡Ah, cierto!

-¿Qué pasó después?

-Mi mujer se convirtió en el sostén de la pareja y yo pasé más tiempo en casa, buscando la forma de volverme a poner de pie porque no me agradaba demasiado la idea de ser un mantenido.

-Entonces no habrá pasado mucho tiempo en esa posición, ¿o me equivoco?

-Para nada -asintió Tito levantando el entrecejo-. Veo que ya está empezando a descifrar cómo soy.

-Eso intento, aunque no es mi objetivo principal. Recuerde que esto no es una sesión de terapia.

-Lo sé, lo sé. Y si así lo creyera, créame que no estaríamos acá.

-Continuemos.

-Bueno. Digamos que el primer peldaño de la escalera que tuve que subir para abandonar el sótano del mercado laboral fue conseguir un nuevo negocio que pudiera manejar yo solo y así no interferir en el trabajo de mi mujer.

-Lógico.

-Entonces, alquilé un puesto de diarios y revistas revista y quiosco ubicado en la terminal de micros de la ciudad adonde hay conexiones a todas partes de la provincia y del país.

-Creo que es la segunda estación más importante a nivel nacional, después de la del Rosedal.

Nico había llegado a conocer casi de memoria los andenes de esa terminal ya que el colectivo que lo llevaba a San Ramiro, y luego lo volvía a depositar en la Capital Provincial, partía de allí.

-Exactamente.

-¿Cómo le fue en ese negocio?

-Anduvo bien y eso, sumado al sueldo de mi esposa, nos permitió dejar atrás las zozobras. Además, la relación con Lucy mejoró porque volvimos a compartir más tiempo. Así que se podría decir que esa etapa fue positiva.

-¿Y la que le siguió?

-Lucy quedó embarazada y en unos meses tuvo que dejar de trabajar porque no estaba en condiciones físicas para seguir dando clases de baile, gimnasia aeróbica, animando fiestas y otras actividades tan demandantes como esas.

-Y menos viajar tanto de un lado al otro.

-También eso. Y si bien tenerla más tiempo en casa y cerca del trabajo fue algo bueno, como ella trabajaba en negro no se pudo tomar una licencia y mientras no trabajaba no cobraba.

-El trabajo informal parece una epidemia nacional: está por todos lados —se quejó Nico dejando caer con fuerza su palma derecha sobre el escritorio y haciendo retumbar la madera

-Lamentablemente sí. Y es un virus altamente contagioso y hasta puede resultar mortal.

De esta manera, Tito volvió a ser el único sostén de la familia, la cual se agrandó con la llegada de Agustín, el primer hijo del matrimonio. El quiosco y puesto de diarios y revistas alcanzó para darles de comer a tres bocas y seguir pagando el alquiler, pero la pareja debió ajustarse los cinturones para poder comprarse un vehículo que le permitiese movilizarse con el bebé sin mayores problemas. De hecho, para lo único que utilizaron el viejo Mehari adquirido a un precio casi de remate, y en bastante buen estado, fue para ir a los controles del médico y visitar a los abuelos maternos del recién nacido ya que Tito prefería ir caminando al trabajo y así ahorrar la mayor cantidad de dinero posible.

Sólo iba en colectivo cuando llovía torrencialmente, lo que apenas ocurría en otoño o primavera.

Tito no podía quejarse del rendimiento de su local aunque éste no dejaba de ser un negocio chico, el cual se encogía si se lo comparaba con los intereses de las deudas que seguía acarreado el comerciante. Recién al siguiente verano, él y su mujer sintieron un poco de alivio ya que el pequeño Agustín comenzó a quedarse al cuidado de sus abuelos maternos y Lucía retomó su trabajo como coordinadora de recreaciones en dos prestigiosos hoteles de la Capital Nacional. Y a este segundo salario que ingresaba al hogar de los Hernández se sumó la activa participación de los dos sobrinos mayores de la mujer, Ariel y Leo, que ayudaron a sus tíos trabajando tanto en el quiosco y puesto de diarios y revistas como así también en las recreaciones.

Ariel era un año y medio mayor que Leo, y sus padres se habían cansado de que ambos pasasen los tres meses de vacaciones escolares durmiendo, comiendo y mirando televisión; deambulando por la casa, peleando cuando se aburrían o saliendo a holgazanear con sus amigos. Por ello, les propusieron a sus hijos que les dieran una mano a los tíos, lo que los chicos recién aceptaron de buen agrado cuando recibieron una promesa remuneratoria, modesta, ya que a Tito y Lucía no les sobraba el dinero.

El circuito diario de estos dos adolescentes fue admirable, únicamente realizable a una edad en la que no se miden las consecuencias de ninguna de las decisiones que se toman ni las acciones que se llevan a cabo, además de no sentirse cansado nunca. Por la mañana –no importaba de qué día ya que durante la temporada de verano resultaban todos iguales- dormían hasta lo más tarde que les fuese posible ya que por la noche siempre se desvelaban, sea cual fuere el motivo o las circunstancias. Luego del mediodía, los hermanos partían hacia la terminal de micros de Roca Negra Capital para

comenzar la jornada laboral en el local de Tito. Entonces, el comerciante aprovechaba la presencia de sus sobrinos y pasaba un rato por la casa de sus suegros para ver a su hijo y comer algo, tras lo cual, regresaba a su domicilio para acostarse un par de horas y así reponer energías ya que la venta de diarios implicaban levantarse demasiado temprano.

Mientras estaba fuera del local, Tito no pensaba en el trabajo ya que confiaba plenamente en los dos chicos, aunque siempre les recordaba que ante cualquier inconveniente que no pudiesen resolver por su cuenta, no dudaran en llamarlo por teléfono. Lo único que le quitaba el sueño era una posible inspección de los sabuesos de la Dirección Impositiva Nacional (DIN) que pudiese poner al descubierto alguna irregularidad en la contabilidad del comercio o, peor aún, la falta de contratación formal de los empleados. “Ustedes digan que son mis hijos”, fue la indicación de Tito a sus sobrinos ya que la Ley permitía la ausencia de un contrato cuando el empleador era familiar directo del trabajador.

Esta advertencia infringió cierto temor en los adolescentes pero a medida que fueron pasando los días y ningún inspector los visitó, se fueron acostumbrando a un trabajo relativamente sencillo ya que a la hora de la siesta no había tanto movimiento en la terminal. De hecho, el puesto de diarios y revistas era casi un adorno ya que esos productos se vendían por la mañana. Quizás, algún pasajero aburrido se animaba a llevarse una colección de crucigramas o unas sopas de letras para matizar un viaje largo, pero no más de eso.

En realidad, los chicos tenían que estar atentos en el sector del quiosco, donde el principal artículo vendido eran los cigarrillos, los que no dejaban mucho margen de ganancia debido a los impuestos pero que el comprador siempre acompañaba con alguna golosina o bebida, especialmente, cuando no tenía monedas o dinero de baja denominación. Ahí entraba al juego otra regla sagrada: los cigarrillos se venden con

cambio únicamente. Y para dejarlo bien en claro para el público en general, de una de las estanterías del quiosco colgaba y un cartel con esa frase textual acompañada por un escueto “Gracias”.

Pero como el espacio destinado al quiosco era reducido, al punto que sólo cabía una persona detrás del mostrador donde se guardaba la caja con la recaudación, Ariel y Leo se turnaban para atenderlo. Entonces, el otro permanecía sentado en una banqueta de madera junto al puesto de diarios y revistas ubicado en el pasillo del hall de la estación. Y cuando el movimiento era casi nulo, el que se encontraba en ese sector tomaba una revista pornográfica y se iba disimuladamente unos minutos al baño público. Ingenuamente, los chicos, para que su tío no se enterase de que accedían a ese material, sólo miraban las tapas o contratapas sin retirarles el nailon protector.

Las otras formas de pasar el tiempo cuando escaseaba el trabajo era jugar a las cartas o charlar con la morocha de unos 21 años que atendía la boletería de una de las líneas de micros. Tanto Ariel como Leo fantaseaban con invitarla a salir y no les importaba la diferencia de edad, pero ninguno de los dos se animaba a dar el paso a pesar de que ella se les insinuaba porque le parecían atractivos.

Lo que más atraía a los hermanos no era precisamente la belleza o la inteligencia de esta muchacha sino la posibilidad de perder su virginidad con una mujer mayor y con experiencia. Esta idea había crecido en las mentes de estos dos chicos a partir de las anécdotas que les contaba su tío sobre la madre de aquella joven a la que describía como una viuda adicta al sexo y a la que le gustaban los “jovencitos”, por lo que generalmente salía “de levante” acompañada de su propia hija.

“Si la piba es tan rápida como la vieja, el que se la llegue a levantar va a terminar hecho un nudo. Esa chica no es para cualquiera. Mejor salgan los dos juntos,

así sacan alguna ventaja, ¡jaja!”, bromeó Tito con sus sobrinos en una ocasión en que advirtió que los chicos de la pasaban “chamuyando” a la joven de la boletería de al lado.

Lejos de aumentar las dudas, esa broma no hizo más que incentivar a los dos hermanos aunque ninguno de ellos estaba dispuesto a conformar un trío como el que sugería su tío. En todo caso, la fantasía de ellos apuntaba a un encuentro con dos mujeres, como ocurría con cualquier muchacho que recién comienza a transitar el sinuoso y muchas veces complicado camino de la vida sexual activa.

En el hall central de la terminal, donde los locales se distribuían en dos hileras ubicadas a ambos lados de un largo pasillo, los hermanos se habían convertido en los niños mimados de todos los comerciantes que sentían un gran aprecio por Tito. El que más se preocupaba por ellos era el encargado de la boletería de al lado que se sumaba a las bromas del tío y provocaba que los chicos se ruborizaran en público. En una oportunidad, bastante vergonzosa, aquel hombre mayor, a punto de jubilarse, le tocó la entrepierna a Ariel y entre risas le dijo: “Con razón la piba anda atrás tuyo.”

Pero la relación entre Ariel y la vendedora de pasajes se perdió en un laberinto de insinuaciones e indirectas que nunca desembocaron en hechos concretos muy probablemente porque ambas partes sabían que tantas palabras y expresiones de deseo eran prácticamente imposibles de poner en práctica sin generar situaciones embarazosas o de discordia con Leo.

Por ello, los dos hermanos apuntaron sus cañones con balas de libido hacia las chicas de su edad que se hospedaban en los dos hoteles en los que trabajaba su tía Lucía y a los que concurrían todas las tardes cuando Tito regresaba al local de la terminal luego de su siesta.

Cuando su tío los liberaba alrededor de las 17, los chicos abordaban el primer colectivo directo a la Capital Nacional y ayudaban a su tía con las recreaciones que variaban según el día de la semana y el hotel.

“El Marqués” era un edificio de diez pisos, moderno, lujoso y ubicado al otro lado de la avenida Costanera, en el barrio Marítimo, en la bahía del Rosedal. Y a unas 20 cuadras de allí se situaba “Espacio Beach”, un complejo horizontal de departamentos y bungalós sobre la playa, con un estilo más rústico pero igualmente vistoso. El primero de los hoteles era más caro y recibía a huéspedes VIP mientras que en el segundo había un clima predominantemente familiar. Un aspecto central que ambos tenían en común era que los encargados de cada uno de ellos no sabían que Lucía trabajaba en el otro.

Estos hoteles competían entre sí ofreciendo a sus huéspedes paquetes semanales en los que la coordinadora de recreaciones procuraba organizar al menos una actividad diaria, ya sea de mañana, tarde o noche.

Los domingos arrancaba con un almuerzo o cena de bienvenida en los que les presentaba a los visitantes recién llegados los detalles de la oferta de recreaciones disponible y cuándo se iban a llevar a cabo. La descripción de las actividades –que eran gratis aunque Lucía cobraba al hotel una comisión por cada persona que se inscribía en ellas- era habitualmente acompañada por fotografías de otros huéspedes y folletos.

Ése era el día en que los sobrinos casi no participaban del evento ya que no requería demasiado esfuerzo ni personal y Lucía se encargaba de todo, al punto que iba rotando: cuando en un hotel organizaba un almuerzo, en el otro era una cena y viceversa.

En ese marco, era habitual que los domingos, uno de los dos hermanos acompañase a su tío Tito al local de la terminal de Roca Negra hasta la hora del cierre,

cerca de la medianoche, cuando partían los últimos micros. Lo mismo ocurría en alguna que otra noche de la semana cuando los chicos no se quedaban hasta tarde con su tía.

En cuanto al resto de las recreaciones, los lunes había un concurso de castillos en la arena para padres y sus hijos pequeños en la playa privada de cada hotel. En uno se programaba para la mañana y en el otro para la tarde. Y como se trataba de un trabajo flexible, en el que Lucía no tenía que cumplir una determinada cantidad de horas, ella podía ir y venir de un lugar al otro sin inconvenientes. Eso sí, se tomaba su tiempo para cambiarse de ropa ya que, si bien sus empleadores no la obligaban a vestir uniforme, debía llevar colocada alguna prenda representativa del respectivo hotel, como una remera de mangas cortas, un *short* o una gorra.

Los martes y jueves, y también en los turnos matutinos y vespertinos por separados, Lucía daba clases de gimnasia acuática en la pileta de natación y si la concurrencia era numerosa la profesora armaba divertidos bailes bajo el sol con suelta de globos de colores o un juego con premios como una cena o una excursión.

Las clases de la tarde se daban después de las 17 para evitar los molestos golpes de calor –las otras eran antes del mediodía por la misma razón-, y los hermanos Ariel y Leo procuraban no perderse ninguna de ellas porque eran las más festivas y de las que participaban muchas chicas en bikini. Entonces, los dos se mostraban detrás de los equipos de audio y simulaban ser eximios DJ's para atraer alguna belleza del sexo opuesto. Más allá de las apariencias, los chicos cumplían exitosamente con la tarea de cargar con los aparatos, conectarlos en un lado y en otro, asegurarse que funcionasen correctamente y conseguir las últimas canciones de moda.

Las clases en El Marqués eran sumamente divertidas y atraían la atención de mucha gente ya que se realizaban en un *solarium* ubicado junto a la pileta de un patio

exterior que podía apreciarse desde la avenida donde los transeúntes, sorprendidos y curiosos, se detenían a ver tanto alboroto.

En cambio, la pileta de Espacio Beach se situaba en el centro del complejo y estaba rodeada por los departamentos y *bungalows*, por lo que el evento terminaba siendo un poco más privado.

Tanto en un lugar como el otro, Ariel y Leo trabajaban juntos sin mayores problemas pero las diferencias surgían cuando tenían que decidir cuál de los dos debía abandonar la fiesta temprano para ir a ayudar a Tito en el turno noche, en especial, luego de haber iniciado contactos cercanos con alguna de las chicas que los veían como jóvenes de mayor edad a la que realmente tenían. Es más, muchas jovencitas pensaban que ni siquiera eran hermanos ya que el único rasgo fisonómico que compartían era el de la nariz encorvada tipo gancho, una herencia de la familia paterna. En cuanto al resto de la apariencia de cada uno, Ariel tenía ojos claros y una cabellera larga, lacia y rubio ceniza; mientras que Leo lucía pelo corto, morocho y ondulado, y una mirada un tanto oscura.

Y esta confusión que generaban en las mujeres les resultaba provechosa a los dos hermanos, por lo que no perdían tiempo en aclaraciones y promovían un juego de simulaciones que se tornaba cómico y era avalado por la propia tía que intentaba engañar a sus empleadores diciéndoles que sus sobrinos no eran menores de edad, lo que hubiese implicado otros impedimento legal para que los chicos trabajasen con ella.

Pero no todo era bailar y festejar ya que los miércoles estaban destinados a la actividad cultural. Ese día, Lucía organizaba –siempre con el mismo *modus operandi* para poder cumplir con un hotel y con el otro por separado- un paseo en bicicleta y *rollers* por los lugares históricos de la ciudad para que los huéspedes, en su gran mayoría residentes en el interior del país, conocieran los principales puntos del Rosedal,

sus construcciones más atractivas, tanto las antiguas como las modernas, los museos y el microcentro comercial. También recorrían las pintorescas plazas y distintas ferias artesanales.

En esta actividad, tanto Ariel como Leo brillaban por su ausencia, excepto si ya habían acordado acompañar a alguna de las chicas interesadas en ellos, ocasión en la que procuraban asegurarse una cita antes de que los huéspedes partiesen al finalizar la semana.

La gran oportunidad para los dos hermanos se daba los viernes por la noche, cuando Lucía llevaba a cabo su gran evento de la semana: un baile de disfraces. Aquí, la coordinadora depositaba en sus sobrinos una gran responsabilidad ya que a cada uno le asignaba el manejo casi total de una de las fiestas, mientras ella alternaba apariciones en una y otra aprovechando el camuflaje de las distintas vestimentas que distorsionaban la identidad de los presentes.

Generalmente, la mujer arrancaba en El Marqués, donde el evento se llevaba a cabo en el salón del décimo piso, completamente vidriado y con una vista espectacular del mar y la ciudad iluminada. Una vez que advertía que la fiesta se desarrollaba con normalidad partía sigilosamente hacia Espacio Beach, donde el baile ya había comenzado de la mano de alguno de los chicos que mantenían una excelente relación con los encargados, menos exigentes y controladores con Lucía que sus competidores.

En este lugar, la fiesta se llevaba a cabo en el restorán con vista a la playa y casi siempre terminaba temprano porque había muchas parejas con hijos chicos que preferían irse a descansar temprano ya que al otro día debían preparar las valijas para regresar a sus hogares o continuar sus vacaciones en otro destino turístico.

Una vez concluida la fiesta en Espacio Beach, Lucía volvía con su sobrino de turno al Marqués donde el baile se prologaba hasta después de la medianoche y se encargaba de estar presente en el final de la misma.

En uno de esos eventos, Ariel comenzó a salir con la hija del dueño del hotel que tenía la edad de Leo, quien estalló de furia ya que previamente le había dicho a su hermano que él gustaba de la chica. “Siempre se queda con todas las minas. Es un forro”, se quejó el menor ante su tío Tito una noche que le tocó acompañarlo en el cierre del local de la terminal. Pero el comerciante prefirió no entrometerse en el asunto y sólo le dijo que nunca debía pelearse con su hermano, ni con otro pariente o un amigo a causa de una mujer.

Por su parte, la hija del dueño de hotel, desconociendo los sentimientos de Leo, avanzó sobre Ariel, quien sin importar le lo mal parado que quedaba ante su hermano menor, se dejó atrapar por ella y su telaraña.

Una noche, Ariel y la chica se fueron a pasear por la playa y cuando regresaron al hotel, el baile de disfraces semanal ya había terminado y Lucía los esperaba enojada ya que era demasiado tarde y el padre de ella estaba preocupado porque no sabía dónde se había metido. Además, la tía sabía que iba a recibir los reproches de su hermana porque sus sobrinos iban a llegar a su casa al amanecer, lo que los hermanos tenían terminantemente prohibido.

Los padres de Ariel y Leo procuraban no ser exageradamente estrictos y les permitían a sus hijos salir de noche y solos pero únicamente cuando lo hacían por Roca Negra Capital, donde eran conocidos, vivían sus amigos y las distancias eran cortas. En tanto, las reglas sobre El Rosedal eran distintas: por su cuenta podían ir y venir sólo de día mientras que de noche debían estar acompañados por sus tíos u otro mayor de confianza que estuviese a cargo. Fin de la discusión.

El incidente de la llegada tarde no sólo volvió a poner sobre la mesa estas normas de convivencia sino que encendieron las alarmas del dueño del Marqués, tras lo cual, su hija sólo pudo volver a verse con Ariel dentro del hotel.

Ante esa situación, cada vez que se encontraban, la pareja adolescente buscaba los rincones desiertos del amplio edificio para ocultarse de sus detractores, entre ellos, la propia Lucía, quien temía que las vicisitudes de la relación de su sobrino mayor pusiera en riesgo su puesto de trabajo. Razón por la cual, la tía le asignó Ariel más tareas en Espacio Beach, al punto que el chico prácticamente se volvió el coordinador de todas las recreaciones en aquel hotel.

Ante esa situación, la relación de Ariel con la hija del dueño del Marqués terminó antes de que pudiera consumarse. Él maldijo su suerte porque ella estaba dispuesta a entregársele por completo pero nunca pudo hallar el momento ni el lugar propicio para tener relaciones sexuales. Lo más cerca que estuvo fue una noche cuando finalizaba la fiesta de disfraces en el décimo piso y en el resto del hotel no se veía un alma, y se acostó con la chica en un sillón ubicado en un extremo oscuro y alejado del living de la planta baja y besó los pechos de ella durante un largo rato hasta que fueron descubiertos por un guardia de seguridad. El muchacho, asustado, vio la hora y supo que su tía debía estar esperándolo. “¿Te vas justo ahora?! No seas putito”, exclamó la chica jadeando y con una mueca socarrona, y luego colocó su lengua humedecida en una de la orejas de él mientras que con la mano tocaba su pene erecto. Ariel no podía apartar la vista de los pechos desnudos que estaban frente a él pero finalmente se fue porque si volvía a llegar tarde a su casa arruinaría un verano absolutamente perfecto.

“Ya va a haber otra oportunidad”, le dijo él aquella noche pero no fue así ya que luego de que el vigilador informó la novedad al dueño del hotel, éste le prohibió terminantemente a su hija volver a ver al chico, ya sea dentro o fuera del

establecimiento. Y si bien se reencontraron al siguiente verano cuando Ariel y Leo volvieron a trabajar con su tía Lucía, cada uno hizo su vida: él con otras huéspedes y ella con su novio, el mismo que tenía cuando lo había conocido, excepto que ella nunca más volvió a ocultarlo.

-Esos chicos aprovechaban los veranos al máximo porque durante el resto del año sus padres no los dejaban salir tanto –recordó Tito, quien no dejaba de tocar la pantalla de su *smartphone* con la yema de su dedo índice derecho-. La pasaban bárbaro pero sin hacer lío. Eran pibes sanos, maduros y que sabían manejarse en la calle. Por suerte, mis hijos se les parecen bastante.

-Calculo que habrán sido una especie de espejos o modelos para sus hijos, ¿no?

-Exactamente. Igual, eran otros tiempos. Mis hijos nunca llegaron a hacer lo que hicieron sus primos mayores.

-¿Por?

-Primero, porque siempre trabajaron conmigo, en Roca Negra. Estudian acá y casi nunca van al Rosedal. Es más, creo que detestan esa ciudad.

-Ajá.

-Y segundo, en aquella época era más accesible viajar de una ciudad a otra. El boleto costaba menos y el recorrido se hacía en menos tiempo porque no había tanto tránsito. Ahora, la autopista queda chica ya que el parque automotor creció descontroladamente y escasea la inversión en obra pública.

-Además, la calle es actualmente más peligrosa para los adolescentes de lo que lo era antes.

-Seguro.

Nico iba a continuar con sus preguntas pero en ese momento lo interrumpió una nueva llamada al celular de Tito, quien volvió a excusarse para atender. Ese *smartphone*

es tan grande que se parece una *tablet* ¡Que incomodidad para manipularlo!, se dijo el entrevistador al ver al comerciante hablar con un aparato pegado a su oído que le cubría medio rostro. Además, pensó, la pantalla no llega a ser tan grande como la de una tableta, por lo que tampoco te permite leer y escribir con mayor facilidad.

-Ya sé que parezco un disco rayado pero te vuelvo a pedir perdón por la interrupción –indicó Tito tras sentarse nuevamente junto al escritorio donde apoyó su celular-. Para que no nos molesten más -agregó mientras apagaba el aparato, a lo que Nico dio un largo suspiro de alivio.

-Me quedé pensando en lo desgastante que debió haber sido para su esposa aquel trabajo de verano... -prosiguió el entrevistador.

-¡Uf!

-Y si mal no entendí, lo hizo una temporada más, ¿no?

-Sí, fueron dos veranos. Igual, ella hubiese seguido sin problemas si no quedaba embarazada de nuestro segundo hijo, que nació dos años y días después del primero.

-¿Cómo lo llamaron?

-Luis, como el padre de Lucía, que también era el segundo hijo varón que llegó de sorpresa.

-O sea que no lo buscaron.

-Para nada. Creo que fuimos algo descuidados porque aún no habíamos conseguido recuperarnos económicamente pero bueno... no dejó de ser una alegría.

-Me imagino –Nico tosió hacia un costado tapándose la boca con la mano ya que sentía la garganta reseca y luego se volvió hacia el comerciante-. Y la llegada de Luis, ¿provocó más cambios además del trabajo de su mujer?

-No, no. Sólo hubo que ajustarse un poco más el cinturón pero después pude abrir el local de electrónica, afortunadamente.

-¿Cómo hizo para cambiar de rubro tan drásticamente? Porque no creo que sea algo común un viraje de ese tipo. Digo, no me veo a muchos comerciantes que hayan seguido sus mismos pasos.

-Sé que suena algo contradictorio porque estábamos en un mercado que recién salía de la convertibilidad monetaria y lo electrónico era todo importado, por lo que se cotizaba alto. Pero yo tenía un conocido de confianza que era despachante de Aduana que me conseguía los productos a bajo precio, por lo que no necesitaba una suma importante como capital inicial.

-Claro.

-De todos modos, la clave del negocio fue que a pesar de la crisis económica, las comunicaciones modernas llevaron a un aumento de la demanda. Fue un momento de quiebre, el surgimiento de una nueva moda.

-Un antes y un después de la tecnología.

-Exacto. Y eso que en nuestro país estábamos, y lo seguimos estando, atrasados. Todo lo nuevo que se vende acá –Tito dibujó en el aire y con el dedo índice y el mayor de cada mano las comillas del adjetivo calificativo que acababa de pronunciar con marcada acentuación- en el Primer Mundo ya es viejo, ¿entiende?

-Sí, sí.

-Cuestión que alquilé este local y el negocio comenzó a andar bien. Además, a los pocos meses, Lucía comenzó a trabajar conmigo mientras sus padres cuidaban de nuestros hijos. Así que todo se simplificó.

-Con ella se ahorró mantener un empleado.

-Sí, pero lo más importante fue que volvimos a trabajar juntos, como cuando éramos novios. Y eso nos vino bárbaro porque, más allá de la llegada de los hijos, los

malos negocios anteriores que despertaron críticas cruzadas y las ocupaciones laborales nos habían distanciado en el último tiempo.

Según Tito, a puro esfuerzo pero también ayudados por una coyuntura macroeconómica favorable, él y su esposa lograron en poco tiempo hacer prosperar el negocio al punto que les permitió contratar empleados y así dedicar más tiempo a sus hijos, una cuenta pendiente para ambos, ya que los niños pasaban la mayor parte del día junto a sus abuelos.

En un par de años, Tito se compró su primer auto cero kilómetro y se fue de vacaciones por primera vez con su esposa y sus dos hijos, todos juntos ya que anteriormente sólo había podido viajar con Lucía, en los comienzos del matrimonio, antes de la “mala racha”, como la describió él.

-Y ese contacto que tenía en la Aduana –retomó Nico-, ¿le sirve para solucionar el problema de las importaciones?

-Al principio sí, porque necesitaba poca mercadería. Pero cuando manejas grandes cantidades llamas la atención, entonces no te queda otra alternativa que blanquear todo ante la DNI. Sino, te multan, te cierran y hasta te arman una causa penal para que vayas a juicio.

-Así es la Ley.

-No todo es blanco o negro, pibe –Tito frunció el seño, molesto-. En este país hay grises por todos lados. ¿Vos te pensás que a los inspectores del gobierno les interesa realmente hacer cumplir las leyes? ¡Ni en pedo! Esos corruptos cobran, de manera informal, comisiones proporcionales al monto de las evasiones que detectan. Por eso, sólo persiguen a los peces gordos. Los chicos que sigan infringiendo la Ley, total, a ellos no les importan.

-Evidentemente, los pequeños evasores no son un negocio.

-Además, el punto no pasa por respetar o no la Ley sino que el problema radica en que cada vez sacan más leyes, las que a veces se superponen y hasta se contradicen entre sí, y cambian las reglas del juego permanentemente. Entonces hay que estar todo el tiempo adaptándose a nuevos estatutos. Y cuando te acomodás a una forma de trabajar, te la vuelven a cambiar.

-Claro.

-Por ejemplo, la DNI estableció un régimen de Declaración Jurada de Importación (DJI) que hay que presentar cada vez que querés traer insumos desde el exterior. Esas declaraciones son analizadas por distintas áreas del gobierno, una de ellas, la insostenible Auditoría de Consumo Interno (ACI), que tiene más poder que la DNI misma.

-El que la maneja es un funcionario medio loco, ¿no?

-¿Medio? Te quedás corto... Es un mafioso que va armado a las reuniones. En fin, esta auditoría, a su vez, impone un sistema de compensaciones en el que una misma empresa sólo puede importar por el mismo valor de lo que exporta y viceversa, ¿me seguís?

-Sí, sí. En teoría lo hacen para no afectar la balanza comercial.

-Teóricamente, porque sólo autorizan el tres por ciento de todas las importaciones a pesar de que una empresa tenga más exportaciones. Pero lo más grave es que muchas veces la DNI autoriza los pedidos pero la auditoría no.

-¿Y por qué?

-¡Que se yo! Esos auditores no son como los tradicionales inspectores de la DNI que hacen sus operativos con uniforme y en público. No, los de la ACI no se dejan ver, son como una policía secreta que te espía todo el tiempo. Averiguan todos los detalles no sólo de tus negocios, sino de tu vida personal.

-Parece la Stasi.

-Yo nunca había pasado por una situación semejante. Es muy complejo. Incluso para el consumidor. A veces me da vergüenza vender ciertos artículos. La gente me mira sorprendida y yo no puedo explicarles por qué valen lo que valen. La oferta se achica y todo se encarece cada vez más. Y lo peor de todo es que empeora en calidad porque los fabricantes líderes dejan de comercializar con nuestro país.

Por entonces, conseguir determinados insumos de *hardware* era una misión prácticamente imposible y los pocos que hallaban en el mercado debían tener un *sticker* que decía “Hecho en Roca Negra”. En ese contexto, cientos de compañías de este y otros rubros afines habían desaparecido y perdido miles de puestos de trabajo en los últimos dos años como consecuencia no sólo de las restricciones a las importaciones, sino también porque el gobierno había instaurado un férreo control cambiario, por lo que los pequeños y medianos empresarios no podían adquirir moneda extranjera para pagar los productos a precios internacionales. Así, muchos negocios como los de Tito lograban subsistir diversificándose y ofreciendo servicio técnico de computadoras y redes. Mientras tanto, la demanda de productos informáticos crecía y muchos consumidores recurrían al mercado extranjero al que accedían cuando viajaban fuera del país o vía Internet, aunque los controles para comprar por esa vía también se estaban intensificando para evitar filtraciones.

-Roberto, una gran parte de la sociedad piensa que esta situación es decididamente mala y que va a ser peor, pero también existe otro sector de la comunidad, principalmente joven y de sectores bajos e históricamente marginados, que es optimista y apoya la política económica.

-Mirá, en la economía ocurre algo similar que con el tema de la seguridad. Hace veinte años estábamos mucho peor que ahora, pero hace cinco estábamos sensiblemente

mejor, ¿no? Esto lleva a que la gente tenga miedo de volver a una crisis severa como las viejas y así se pierde la confianza. Y la confianza es la base de cualquier sistema económico, clásico o innovador. Sin confianza, la gente no acompaña ninguna medida pública y los privados no se animan a invertir. Es el círculo vicioso del miedo.

-Puede ser.

-Es que antes, con más o menos delitos, con una mejor o peor economía, había otra forma de vida con la que las personas estaban más satisfechas. La mayoría se sentía más segura y realizada. Quizás porque se conformaban con menos. Pero al fin y al cabo había un clima más relajado, en el que existía la confianza.

-¿Y usted de que lado de la sociedad se ubica?

-Te voy a ser absolutamente sincero: yo estoy a favor del proteccionismo y de la sustitución de importaciones pero hay que aplicarlo correctamente porque sino se te vuelve en contra, como está ocurriendo ahora. No se puede meter a todos los productores, industriales y empresarios en la misma bolsa. Cada rubro tiene sus propias características y hay que analizarlos a todos por separado. No es lo mismo el sector textil y alimenticio, que obtiene sus propias materias primas acá, que el petrolero, por ejemplo. A veces, hay sectores que no necesitan ser protegidos porque sino pierden competitividad. En los momentos de crisis siempre es bueno proteger la economía nacional pero eso debe ser algo transitorio para luego retomar una apertura comercial hacia el exterior. Sobre todo en este mundo súper globalizado donde ya no hay fronteras y existe solo un sistema mundial. Y si no formás parte de él, estás fuera de todo.

-¿Usted cree que hay que tener cuidado con no excederse con el intervencionismo estatal en la economía? Digo, mucho entusiasmo puede ser perjudicial...

-Coincido. Y hasta vos, pibe, te das cuenta de eso, que no sos un economista.

-¡Jajá! Yo creo que los funcionarios también se dan cuenta pero no pueden o no quieren aceptarlo.

-Probablemente. En este país, después de todo lo que viví, todo es posible. Pero ¡ojo! No soy un traidor ni un veleta.

-Quédese tranquilo que no pienso ninguna de las dos cosas.

-Pero ponete en mi lugar, ¿cómo no me voy a quejar? Si durante años este gobierno nos dio una gran mano para que nos fuera bien pero ahora nos pone cada vez más palos en la rueda.

-...

El comerciante miró la hora en su reloj pulsera y después echó un vistazo hacia un costado, donde se ubicaba una mesada corta sobre la que se podía observar una máquina de café *expresso*, del que se preparaba con cápsulas.

-Necesito tomar algo, ¿vos querés un cafecito también? –preguntó Tito poniéndose de pie y encarando hacia la mesada en la que también funcionaba un microondas y un anafe, al tiempo que junto a la misma había una heladera baja.

-Bueno, gracias.

-¿Cortado o solo?

-Si tiene capuchino, mejor.

-Ok.

En pocos minutos, en los que Tito maniobró con destreza y Nico se mantuvo en silencio, observándolo desde atrás y sentado en su silla, las dos bebidas estuvieron listas sobre el escritorio.

-Bueno, Roberto –indicó Nico tras beber un par de sorbos-, me gustaría que ahora hablemos un poco más de usted. Sobre su incidente.

-De acuerdo –asintió el comerciante apoyando su taza caliente sobre la madera cálida-. Aunque prefiero llamarlo accidente.

-Como quiera. Lo que más importante es cómo se sintió en aquel momento.

Tito terminó su cortado de un trago largo y pausado, como si hubiese estado buscando ganar tiempo para reunir valor suficiente.

-Creo que entré en crisis, como la economía del país –arrancó con un tono risueño y haciendo la taza vacía a un lado-. De repente sentí que todo el esfuerzo que había hecho durante más de dos décadas, tanto sacrificio al que había arrastrado a la pobre Lucía, se estaba esfumando como por arte de magia.

-¿Entró en pánico ante la posibilidad de tener que volver a la época en la que apenas le alcanzaba para comer?

-Más o menos. Por momentos me angustiaba al recordar cuando salía para el trabajo con un pedazo de pan en el bolsillo del pantalón para el desayuno y el almuerzo. Y a la hora de la cena, comía medio plato que me servía mi mujer para que mis hijos, que eran chiquitos, pudieran comer un poco más o para que sobrara para el día siguiente.

-Pero eso eran sólo malos recuerdos. Era muy poco probable que se volviera a repetir una situación así.

-Lo sé. Pero por más mínima que era, esa posibilidad existía, y yo no podía volver a eso. Para mí era inconcebible desde todo punto de vista.

-¿Lucía pensaba lo mismo?

-Calculo que sí.

-¿Y sus hijos?

-A ellos siempre les inculqué la importancia de valorar los logros alcanzados con tanto sacrificio, por lo que aprendieron a querer este negocio y a los quince años ya

estaban trabajando conmigo. Así que ahora son capaces de encargarse prácticamente de todo aunque no sé si serán capaces de enfrentar una situación como la de ahora.

-¿Por qué?

-Básicamente porque ellos eran muy chicos cuando pasamos hambre y no teníamos casa propia. Y por más que los criamos para que aprendieran a valorar el sacrificio, de grandes vivieron una vida mucho más fácil y accesible. Con casi todo a favor.

Tito descansaba sobre el respaldo de la silla y cruzó ambas manos, con los dedos entrelazados, a la altura del pecho, al tiempo que movía inquieto su pierna derecha flexionada impulsándola con la punta del pie que generaba un efecto palanca sobre el piso.

-Para mí, era como volver a empezar de cero pero veinte años más viejo, más cansado. ¿Cómo íbamos a hacer Lucy y yo para ayudar a nuestros hijos? Porque están en la edad en la que hay que darles ese empujoncito para que vuelen solos, pero si no se lo dan los padres, nadie lo va a hacer. Esa lección sí que me la sé de memoria.

-Lo entiendo, pero ¿cómo llegamos acá? Me refiero a...

-Sí, sí, al accidente.

-Exacto.

-Fue muy raro. Yo conocía el Miti-Miti porque de chico mi viejo me había llevado a pescar. Pero ahora no pasaba mucho por ahí, salvo cuando iba a ver a un proveedor del sur. Así que ese día yo volvía de una reunión con ese proveedor, en la cual me había ido pésimo, y como era viernes y estaba soleado, al pasar por el río decidí pasear por la orilla para recordar buenos tiempos.

-¿Estaba solo?

-Sí, solo y en el coche.

-¿Cree que habría pasado lo que pasó si hubiera estado acompañado? –Nico manipulaba su taza, la cual también había quedado vacía,

-Mirá pibe, te la voy a hacer corta y sencilla: ese día pasó por mi mente la idea de morirme, así como me pasó antes y después, pero te aseguro que nunca fue mi verdadera intención, ¿está claro?

-Clarísimo. Ahora, ¿qué recuerda del momento en que cayó al agua y luego fue rescatado?

-No mucho. Fueron segundos. Me caí accidentalmente y un viejo pescador con su bote de madera me ayudó a salir. Nada más.

-¿Accidentalmente?

-Sí, accidentalmente –aseveró el comerciante con evidentes deseos de no continuar con su relato.

Nico percibió el cambio hacia una actitud reacia de parte del entrevistado, por lo que decidió detener la grabación de la entrevista.

-Disculpame, pibe –retomó Tito tras un silencio prolongado-, pero tengo trabajo que hacer y esta charla duró más de lo que esperaba.

-No hay problema. Gracias por su tiempo. La entrevista me ha servido de mucho. Y disculpe las molestias.

-Como dicen ustedes, los jóvenes: todo bien –indicó Tito y después estrechó la mano de Nico, quien poco después ya estaba fuera del local y emprendiendo el regreso a San Ramiro.

El joven remireense daba vueltas en el interior de su dormitorio desde cuyo ventanal podía ver el jardín de la casa de sus padres que había quedado completamente a oscuras ya que unos nubarrones que presagiaban lluvia ocultaban la luz de la luna y de

las estrellas que en una noche despejada le hubieran sacado brillo a la copa de los robles que en ese momento sólo parecían sombras tomadas de rehén por las ráfagas húmedas provenientes del este.

Nico había acabado de repasar la entrevista con Tito y trataba a de sacar algunas conclusiones de interés para su investigación. Me hizo acordar a la desesperación que siente el obrero cuando no puede seguir siendo explotado y no quiere convertirse en una carga para su esposa e hijos, pensó convencido de que en la actualidad la tendencia al suicidio afectaba principalmente a aquellas personas que se sentían desposeídas aunque en realidad no lo fuesen como ocurría, por ejemplo, en el caso de Tito.

Las ideas y conceptos se le mezclaban y en cierta forma hasta llegaban a contradecirse, por lo que no sabía cómo empezar a escribir. Sin embargo, lo que sí le quedaba en claro luego de las entrevistas que había realizado hasta ese momento era que lo político subsumía todas las relaciones, tanto las privadas como las públicas.

Vivimos en un desierto de fieras salvajes que despiertan un deseo inexorable de matarse. Entonces debemos preguntarnos por qué tenemos ese tipo de sociedad y cómo debemos cambiarla para que sea mejor, concluyó Nico y luego dictó aquella idea a su *tablet* para que la transcribiera.